

BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

el diablo en el cuerpo

burton hare



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL DIABLO EN EL CUERPO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 406
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B 45.942 —1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero. 1970

© BURTON HARE - 1970

texto

© MIGUEL GARCIA- 1970

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.011. - Espía a la fuerza.

En Colección PUNTO ROJO:

393. - Sin chapa y sin pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

113. - Minimuerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Les miré y ambos me sonrieron. La tensión de los primeros momentos se había esfumado, y de nuevo estábamos juntos; tres amigos que se encuentran, después de algunos años.

Sólo que nuestro encuentro tenía algo muy especial: uno de los amigos acababa de salir de la cárcel.

Yo.

Dan Keyes dijo:

—No has cambiado mucho, Mike.

—Los cambios que se producen ahí dentro no suelen dejar huella en la cara, Dan —repliqué.

—Es mejor hablar de otra cosa —sugirió Paul Fisher, con su voz un tanto atiplada.

—Cierto, hablemos de lo que piensas hacer ahora, Mike.

Me encogí de hombros.

—Supongo que deberé buscarme algún trabajo. Las aventuras creo que pasaron a la historia. No pienso volver a embarcar en esos cascarones de cabotaje... y el contrabando, por descontado, está olvidado.

Se echaron a reír.

—Te has vuelto una persona decente, ¿eh? —exclamó Dan.

—Todo lo decente que un tipo como yo puede ser.

—Está bien, yo tengo trabajo para ti en mi negocio —dijo, satisfecho—. Quizá lo encuentres aburrido, pero no habrás de preocuparte por tu seguridad, de ahora en adelante.

—Eso me conviene. ¿Qué clase de negocio es el tuyo ahora?

—Una compañía financiera. Trabajamos mucho con los grandes productores de Hollywood. Necesito un tipo de confianza, y tú reúnes todas las condiciones.

Paul explicó:

—Dan es un tipo importante, Mike. Ha subido como la espuma,

desde que se hizo cargo del negocio.

Le miré y vi su rostro serio, quizá con alguna pequeña arruga más alrededor de los ojos.

—¿Y tú? —indagué.

—Bueno, no puedo quejarme. Tengo un pequeño *cabaret*, que rinde unos dividendos respetables. Pero, por descontado, no puedo compararme con Danny. Él se ha convertido en un coloso de las finanzas... incluso a despecho de su madre.

Recordé, de pronto, las tirantes relaciones que habían existido siempre entre madre e hijo.

—¿Sigues igual con ella? —pregunté.

—Firmamos la paz —replicó, risueño—. Pude convencerla de que yo llevaba pantalones largos, y tenía un nombre y una vida por delante. O el armisticio, o me largaba al Este para empezar allí por mi cuenta. Capituló.

—Me alegro por ti.

Asintió con un gesto. De pronto, dijo:

—Esta noche la conocerás.

—¿Yo?

—Seguro, cenarás en casa.

La cosa no me entusiasmó.

—¿Estás seguro de que no es algo precipitado? Ella no me conoce siquiera.

—Estás equivocado. Le hablé muchas veces de ti.

—Entonces, peor todavía. No le gustará compartir su mesa con un expresidario.

Dio un respingo. Paul barbotó un juramento entre dientes.

—¿Qué diablos te pasa a ti, Mike? —estalló Dan—. Mis amigos tienen un lugar de honor en mi mesa, y ella lo sabe.

—Está bien. Por mí, encantado, por supuesto.

Paul dijo:

—Después de la cena, quizá te gustaría una noche divertida en mi club. Recordaríamos los viejos tiempos, Mike.

—Otro día, Paul: estoy cansado del viaje y de las emociones. De todos modos, gracias por todo, a los dos...

—Olvidalo. ¿Nos vamos?

Asentí y me levanté. Dan pagó las bebidas en el bar, y salimos los tres a la calle. Un sol de fuego se hundía en el horizonte y la

niebla que flotaba sobre Los Ángeles parecía tan consistente como melaza.

Paul se despidió y le vi alejarse en busca de su coche. Dan me tomó del brazo y me guió hasta un «Cadillac» negro impresionante, último modelo.

—Debe ser cierto que te van bien las cosas —comenté cuando estuvimos en marcha—. Este coche cuesta una fortuna.

—Te dije que estaba en la cumbre. No te mentí. Pero la cosa no es tan buena como parece. Disgustos, dificultades... Ya te contaré.

—Los hombres de negocios siempre están preocupados por algo. Tómallo con calma, muchacho. Las coronarias están en cabeza, en las estadísticas de mortalidad.

—¿Crees que lo olvido? Pero no puede ser de otra manera. Quizá tu llegada haya sido providencial y puedas librarme de algunos de los problemas que me tienen al borde del ataque cardíaco.

—Debo recordarte que jamás desarrollé ningún trabajo burocrático, Dan.

—Ya lo sé, y me alegro. Armarías un cisco en la oficina si te instalaba en ella. Hay demasiadas mujeres allí, y todas ellas pierden la cabeza por los hombres de pasado oscuro y turbulento. Y el tuyo, en ese aspecto, se lleva la palma. De modo que te mantendrás apartado de mi personal femenino, ¿entendido?

Respondí riendo, porque me gustaba carácter de Dan Keyes. Había cambiado no poco en esos últimos años. Siempre había sido un muchacho leal y risueño, pero en la actualidad ya no quedaba nada de risueño en él, pero seguía siendo leal y uno podía confiar con él hasta el fin.

De pronto, torció por una avenida que se internaba en las colinas y diez minutos más tarde detenía el coche frente a una gran verja de hierro.

—¿Vives ahí? —exclamé, atónito.

—Seguro. Vivir en un palacio como el que verás, y mantener un jardín tan grande como un parque público, forma parte de la fachada. La gente del cine no se impresiona fácilmente, y hay que buscar el modo de que piensen en uno con respeto. Naturalmente, sólo respetan el dinero y el poder.

La verja de hierro se deslizó por sus invisibles carriles y él la

manejó atravesando un extenso jardín. A la tenue luz del crepúsculo, la vegetación formaba una masa impenetrable y compacta, en la que resaltaban aquí y allá las manchas multicolores de las flores.

La residencia era una mole oscura impresionante.

Al detenerse el «Cadillac» ante el porche de entrada, se encendieron las luces exteriores, y una mujer apareció en lo alto de los escalones.

Tendría sus buenos cincuenta y cinco años, aunque realizaba prodigios para disimularlo. Sus cabellos estaban teñidos de un tono azulado, irreal, que contrastaba con la extraordinaria palidez de su rostro.

Nos miró mientras nos acercábamos a ella. Sus ojos eran fríos y *escrutadores*, y nada en ella me gustó.

Dan hizo las presentaciones de rigor:

—Ésta es mamá, Mike —dijo. Luego me señaló, pasándome un brazo por encima de los hombros—. Y éste es Mike Duryea, mamá. Ya te hablé de él algunas veces.

La dama me examinó y su expresión fue la misma que si acabara de ponerle un arenque podrido bajo la nariz.

—Ciertamente —masculló—, ya me hablaste de él.

Su tono resultó tan helado como un témpano. Era altanera y desagradable hasta la exageración.

Dan anunció:

—Le he invitado a cenar con nosotros, mamá. Luego, puedo llevarle de vuelta a su hotel y...

—¿Esta noche? —le interrumpió ella, dando un respingo.

—Seguro. ¿Qué tiene de malo esta noche?

—Vienen los Robbins —le espetó con indignación—. Y tú lo sabías porque yo misma te lo dije esta mañana.

—Bien, quizá me lo dijiste, pero lo olvidé. Sin embargo, no importa. Para mí, Mike es como un hermano.

—Pero no es como un hijo para mí —dijo con desprecio tan evidente, que hasta un sordo y ciego lo habría advertido—. Sería mejor que aplazaras tu compromiso con él, Dan.

—¡Madre!

Ella hizo un leve gesto con los hombros.

—Era sólo una idea.

—Él se quedará aquí esta noche —sentenció Danny con voz resuelta.

—Está bien, si tú insistes, Dan, pero obligar a nuestros invitados a compartir la mesa con un presidiario me parece una cosa de mal gusto.

Giró sobre los talones y desapareció en el interior majestuosamente.

Me quedé sin voz. Un tumulto de furia impotente me asaltó y estuve a punto de olvidar mi amistad con Dan y todo lo demás, sólo por el placer de replicar de la forma que se merecía a semejante harpía.

El muchacho murmuró, azorado:

—Lo lamento, Mike... Debes disculparla. Tiene un carácter endiablado, pero es buena en el fondo. Acabará apreciándote.

—Lo dudo mucho. Quizá fuera mejor que me volviera a Los Ángeles. Podemos cenar juntos cualquier noche en un restaurante y...

—Olvídalo. Vamos, te mostraré una habitación, donde podrás asearte y cambiarte de ropa. Mis trajes supongo que te servirán, igual que antes los tuyos me sentaban bien a mí...

Me empujó hacia la casa y entramos. Empezaba la noche que iba a ser decisiva para mí.

CAPÍTULO II

Recordar el torbellino de aquella noche es un caos absurdo, sin pies ni cabeza.

Primero fue la cena. Los invitados se mostraron amables y sociables desde un principio, a despecho de su evidente importancia.

Eran un matrimonio afable de edad mediana, y su hija.

La hija merecería capítulo aparte.

Era una muchacha morena, frágil como una porcelana, pero con líneas llenas allí donde debían serlo, cintura delicada y caderas justamente moldeadas para darle la forma de ánfora perfecta.

Tenía ojos terriblemente expresivos, unos ojos tan negros como una noche sin luna en el desierto. De vez en cuando se posaban en mí o en Dan, como tratando de adivinar el misterio de la extraña tensión que reinaba en la atmósfera.

Me sonrió algunas veces, como alentándome a hablar, y al sonreír, sus labios se distendían, tentadores, como la fruta del Paraíso.

No obstante, me sentía allí tan a gusto como en la celda del presidio de Alcatraz. La mirada implacable de la señora Keyes me aplastaba cada vez que intentaba levantar la mía o introducir algún comentario es la conversación general.

Al final, insinué a Dan que era muy tarde para mí, que tenía un compromiso y algunas cosas más para justificar mi prematura marcha. Yo estaba seguro de que si continuaba allí no podría dominarme, y la madre de mí amigo pagaría las consecuencias.

La señora Keyes suspiró, evidenciando su satisfacción y alivio. Tampoco esto pasó desapercibido para la muchacha.

El matrimonio Robbins se despidieron de mí con afable amabilidad, la madre de Dan con un gruñido, y la muchacha se levantó para acompañarnos a mí amigo y a mí hasta la puerta.

Dan dijo, al llegar afuera:

—No hay taxis por estos alrededores, Mike. Llévate el coche, y ya lo recogeré mañana o cualquier otro día; de lo contrario, tendrás que andar cinco o seis millas sin remedio.

—Podemos llamar un taxi por teléfono —insinué.

—¿Para qué? Hay otros dos autos en el garaje, de modo que no necesito el «Caddy» precisamente. Toma.

Me entregó las llaves. Yo deseaba sentir bajo mis manos el poder de una de aquellas catedrales de Detroit, de modo que acepté encamado. El «Cadillac» relucía bajo las luces del porche.

Me volví hacia la divina muchacha que nos contemplaba especulativamente.

—Ha sido un placer conocerte, Marjory Ann —afirmé, sintiendo sus dedos cálidos en mi mano—. Tal vez volvamos a vernos alguna vez.

—¿Por qué no? Será un place, Mike.

Si eso era algo más que una fórmula de cortesía, no me entretuve en averiguarlo, porque Dan dijo con una sonrisa:

—Como en los viejos tiempos, maldita sea; las chicas se interesan inmediatamente por los tipos misteriosos. ¿Por qué no me ocurrirá a mí lo mismo?

—Tú eres sólo un pobre millonario, Dan —rió la muchacha.

Solté su mano. Lo último que vi de día fueron sus grandes ojos negros fijos en mí, con la misma expresión intrigada que descubrí en ellos durante la cena.

Luego, el coche se deslizó por el jardín, y sentí bajo mis manos el latir vivo del formidable motor que susurraba bajo el capó. Hacía años que no experimentaba la sensación que eso me produjo.

Me detuve ante la verja, perplejo porque no tenía maldita idea de cómo accionaba el mecanismo electrónico que la movía. Pero alguien solucionó el problema por mí y el portón se abrió silenciosamente y me lancé carretera abajo a creciente velocidad.

De pronto, al coronar una suave loma, aparecieron ante mí los millones de luces relampagueantes de Los Ángeles, extendidas allá abajo como en una colosal pantalla de Cinerama. Resultaba una visión fantástica, difícil de olvidar, sobre todo para un individuo que durante unos años había tenido el panorama limitado por una reja y un muro de piedra gris y mohoso.

Emprendí el descenso, reflexionando sobre el pobre papel que había representado aquella noche, especialmente en lo que se refería a mi sumisión ante la harpía que Dan tenía por madre. Entonces se me ocurrían infinidad de respuestas a sus desabridos comentarios, y veía perfectamente claro cuál debiera haber sido mi actitud, en lugar de portarme como un estúpido.

Luego, al entrar en Cocoa Boulevard, mis pensamientos giraron a la misma velocidad que el coche, y evoqué la maravillosa imagen de Marjory Ann. Sabía que era una mujer que me estaba vedada, y a pesar de toda su belleza y su amabilidad para conmigo, me hubiera despreciado tan abiertamente como la señora Keyes, de haber podido saber que yo era un expresidiario.

Bueno, ya lo sabría a estas horas, me dije, porque la vieja se habría apresurado a delatarme a sus invitados. Me estremecí al pensarlo, a pesar de que, en realidad, era algo que ni siquiera debía preocuparme.

Yo sabía muy bien que era un hombre marcado.

Y en aquel instante, el mundo estalló, y mis reflexiones se fueron al demonio en una fracción de segundo.

Hubo un rugido estridente en alguna parte, y ante mis ojos atónitos, el parabrisas estalló en mil pedazos. Después, obré por puro instinto, arrojándome a un lado sobre el asiento. Abandoné el volante mientras centenares de proyectiles rajaban la carrocería, buscándome como abejorros enfurecidos.

La ametralladora siguió tableteando todo el tiempo que el «Caddy» se mantuvo en la carretera. Luego, el coche pegó un brinco y una garra colosal y despiadada me estrujó, aplastándome y golpeándome salvajemente. Encogí las piernas y traté de protegerme la cabeza con los brazos. Todo fue inútil. El fragor de las ametralladoras quedó ahogado por el tremendo impacto del morí contra las rocas. El impacto explotó también dentro de mi cráneo, y los millones de luces que antes viera allá abajo estaban entonces dentro de mi cerebro.

Después, las luces se apagaron todas a la vez, y sólo quedó el terrible dolor de la muerte y en ella, el silencio. Alguien hizo oír milagro de llevarse el dolor, y ya no quedó nada.

Alguien dijo, muy lejos:

—Podría haber sido peor. Parecía bien muerto.

Otro comentó:

—Como la policía no ponga coto a estas salvajadas, Los Ángeles se convertirá en un nuevo Chicago...

—¡Vamos, despejen! —ordenó alguien con voz acostumbrada a ser obedecida—. ¿Qué creen que es esto, un festival? ¡Lárguense! Necesitamos un médico, no chismosos...

Ninguna de aquellas voces me hacía ningún bien. Repercutían en mi cráneo como mazazos. Traté de abrir los ojos, pero los tenía sujetos por algo pegajoso que lo impidió.

De pronto, no sé cuánto tiempo más tarde, unas manos me zarandearon, cambiándome de lugar. Gemí y trate de protestar, pero nadie me hizo caso. Me colocaron sobre algo blando y la cosa mejoró.

—Tiene la cara llena de sangre —comentó una voz—. Cuidado con los ojos...

—Me pregunto por qué no llega ese maldito matasanos.

Un paño húmedo me frotó la frente. Luego me aplicaron algo que escocía como el infierno y traté de librarme de ello, sin éxito.

La voz de antes comentó:

—Si siente el escozor es una buena señal. Veamos... trae algo para limpiarle la sangre del rostro y los ojos.

Sentí que podía moverme, y a ciegas traté de incorporarme.

Sólo que unas manos tan fuertes como tenazas me, sujetaron, y el tipo exclamó:

—Tranquilo, amigo, no nos cause más dificultades. Bastante trabajo nos está dando ya. Cuando llegue el médico, haga lo que quiera, pero ahora, quieto o le pondré las esposas.

Eso no fue ningún consuelo para mí.

Poco después, me limpiaron la sangre que cubría mis ojos y pude ver algo en la oscuridad que los faros de los coches policíacos barrían a ráfagas.

Había varios policías de uniforme inclinados sobre mí. Otros mantenían alejados a los curiosos de rigor. Eran patrulleros y algunos pertenecían a la policía del Estado.

Yo era alérgico a los uniformes desde mi tropiezo, de modo que no me gustó nada aquella concentración.

—¿Cómo se siente, está herido en alguna otra parte, además de la cabeza?

Ni siquiera sentía mis miembros. No respondí.

Llegó otro coche, que se unió a los que estaban estacionados arriba, en la carretera. El médico llamado por radio por los polizontes, comenzó a trabajar sin dedicarme un comentario, manoseándome de arriba abajo, haciendo un buen trabajo en pocos minutos.

—Ha tenido suerte —dijo—; no tiene ninguna bala en el cuerpo, sólo el desgarrón en la cabeza, seguramente producido al estrellarse el coche.

—¿Cree que podrá valerse por sí mismo esta noche? —Seguro.

Manipuló en mi cabeza, sin preocuparse mucho del lacerante dolor que sus manejos despertaban en todo el cráneo. Cuando se levantó, lo hizo con la evidente satisfacción del deber cumplido.

—Listo —anunció—, detallaré el suceso por la mañana.

Se alejó a toda velocidad, como si le esperase un moribundo en alguna parte.

Ellos me ayudaron a incorporarme. Durante unos momentos, hubieron de sostenerme para que no me desplomara otra vez.

Entonces despertó la bestia dormida del dolor. Todo mi cuerpo sufrió una sacudida y lamente haber salido de mi inconsciencia.

Uno de los patrulleros explicó, mientras me ayudaba a caminar hacia los coches:

—Una pareja oyó los disparos. Un minuto después, le encontraron a usted y nos llamaron. Yo diría que hoy ha vuelto a nacer.

—Ésa es también mi idea —confesé, recostándome contra la carrocería de un auto-patrulla.

Desde allí podía ver el destrozado «Cadillac», al fondo de la pequeña hondonada. Si hubiera sido un barranco más profundo, ya no habría podido contarle.

El agente sacó el cuaderno de notas y me miró a los ojos.

Empezaban las dificultades.

CAPÍTULO III

El policía anotó mis respuestas con todo cuidado. Le dije que procedía de San Francisco, cosa que era cierta, puesto que Alcatraz está en la bahía de Frisco.

Le dije mi nombre, y que no tenía idea de quién, había tratado de llenarme de plomo.

Eso no le gustó.

—Es evidente que han intentado matarle. Profesionales, sin la menor duda. En marido celoso no maneja ametralladoras, de modo que no se trata de un crimen pasional frustrado ni nada por el estilo.

—No tengo idea —repetí—. Quizá me han confundido con otro.

—Tal vez, pero si admitimos que eran pistoleros profesionales, sabemos que esa gente se asegura bien, antes de un atentado como el que usted ha sufrido.

—¿Y a dónde nos lleva esta consideración? —Gruñí, fastidiado.

—A la Central, por supuesto. El asunto escapa a nuestras atribuciones.

—Ya veo...

Aturdido todavía, me llevaron a través de toda la ciudad, con la sirena aullando sobre mi cabeza, haciéndomela pedazos.

El teniente detective Lukens me examinó de mal talante, porque ya le habían informado por radio de lo sucedido.

—Siéntese —gruñó.

Leyó atentamente las notas del policía. Luego, levantó la cabeza y me dedicó una mueca desagradable.

—Sigue usted buscando dificultades, incluso después de unos años de escarmiento, Duryea —me espetó.

Quedé mudo. El maldito polizonte sabía quién era yo, sin la menor duda.

Con la misma voz desapasionada añadió:

—Acostumbro a leer los reportes de Alcatraz. Nos los remiten regularmente, aunque reconozco que la mayoría de policías jamás los miran siquiera. Yo soy la excepción de la regla.

—Y he tenido la mala suerte de tropezar con usted precisamente —mascullé entre dientes.

—Ese tiroteo le coloca en una posición delicada, Duryea. No nos gustan estas cosas en Los Ángeles. Asustan a los ciudadanos, y el turismo se resiente.

—Muy gracioso.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—Vamos, vamos; sólo trato de librarle de otro atentado.

—¡Con un demonio! Por lo poco que sé de usted desde que he llegado, creo que si me rociaran con plomo, se sentiría mucho mejor.

—Tonterías —me espetó con flema—. Pero le encerraré, si encuentro el menor pretexto. Eso puede darlo por seguro.

—Está bien. Lo sucedido me ha pillado tan de sorpresa como pueda pillarle a usted. Todo lo que se me ocurre es que equivocaron el objetivo. Hay bastardos que se ponen muy nerviosos cuando tienen un arma en la mano.

—Usted lo sabe perfectamente, ¿no es cierto, Duryea? —comentó con feroz sarcasmo.

Estaba poniéndome furioso con sus alfilerazos, de modo que repliqué:

—Tengo cierta experiencia, ciertamente. Pero yo jamás me pongo nervioso, teniente.

Siguieron docenas de preguntas, la mayoría capciosas, destinadas a hacerme caer en alguna trampa más o menos legal.

Al fin se convenció de que no pedía agarrarme fácilmente. Mi estancia en un hotel del Estado me había proporcionado una experiencia enciclopédica.

—¿Tiene algo más que añadir? —farfulló, al fin.

—Todo lo que pudiera decirle está dicho ya.

—Está bien, Duryea, voy a dejarle suelto. Quizá si lo intenta de nuevo acierten, y me ahorren un montón de trabajo. Ahora, largo de aquí.

Me dirigí a la puerta. La abrí. Antes de salir, indagué:

—¿Qué pasará con el coche?

—Será retirado del lugar del atentado, y examinado por nuestros expertos. Ya le avisaré cuando pueda disponer usted de lo que quede.

—Ya veo.

Salí y cerré de un portazo.

La calle estaba desierta. Me detuve en la acera y encendí un cigarrillo. Luego, eché a andar pensando en esto y aquello solo para llegar a una conclusión que no me tranquilizó en absoluto:

El atentado no iba dirigido contra mí, sino contra el propietario del coche.

El «Cadillac» había confundido a los pistoleros.

De modo que el atentado, contra quien realmente iba destinado, era contra Danny Keyes.

Llegué al hotel y subí directamente a mi habitación, sin hacer ningún caso de la mirada estupefacta del recepcionista, alarmado al ver mi ensangrentado aspecto.

Abrí la puerta y entré. Mis dedos rozaron el conmutador de la luz, pero me detuve antes de encenderla, al distinguir la línea brillante que se deslizaba por debajo de la puerta del dormitorio.

Yo estaba seguro de no haber dejado encendida aquella luz.

Sentí un escalofrío, por si estaba equivocado y las violencias no hubieran terminado todavía. Luego pensé que los pistoleros no esperaban a su víctima con las luces encendidas, y avancé silencioso como un gato.

Abrí la puerta de un empujón, y me detuve en el umbral, petrificado de estupor.

No ocurre muy a menudo encontrarse con una mujer excepcional rendida sobre la cama de uno, fumando tranquilamente un cigarrillo y comportándose como si realmente estuviera en su propia casa.

—Hola —dijo con voz sugestiva.

—Hola —repliqué.

—Me llamo Ronnie.

—¿Sí?

Se incorporó sobre un codo, mirándome con todo el fuego de un incendio en el fondo de sus ojos. Había chispas de burla en ellos.

La examiné a mi vez, y hacerlo fue un placer. Tenía unas piernas

largas y tan perfectas como puede desear el encargado de la publicidad de medias y ropa interior de señora, y ella hacía cuánto era posible para que uno se diera cuenta.

Me di cuenta, por supuesto.

Entonces dijo:

—Le esperé en la salita, pero usted tardaba mucho en llegar, Duryea...

—Llámeme Mike, eso facilitará las cosas.

—¿Qué cosas, Mike?

Lance un juramento, y fui a sentarme sobre el borde del lecho.

—Está bien, nena; usted gana, de modo que suéltelo de una vez y luego lárguese. Necesito descansar.

—Tiene un aspecto atroz, realmente... ¿Un accidente?

—Sí.

—Lo lamento.

—¿De veras?

—Lo lamento porque tendrá usted que volver a salir.

—Ahí es donde se equivoca, primor. Todo lo que voy a hacer esta noche es acostarme y dormir, de modo que, si no se larga, déjeme espacio y luego cierre el rico.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sea terco. Alguien quiere verlo. Está esperándole a estas horas.

—Que venga aquí.

Me despojé de la americana. Ella seguía tranquila, y explicó:

—Él no acostumbra a, hacer eso, Duryea...

—Mike.

—Oh, sí; bueno, cuando él quiere ver a alguien, le llama, y el tipo acude. Es así de sencillo.

—Qué cosas.

Me libré de la camisa. Estaba rígida, a causa de la sangre seca.

Me examinó, frunciendo el ceño.

—Es usted un tipo fuerte, Mike... muy fuerte, ¿eh?

—Sí.

—¿Va a acompañarme?

—Esta noche, no, nena. Voy a meterme en la cama tanto si sigue usted aquí como si no.

—Sus músculos no le servirán de mucho, si él se enfada, Mike.

Todo lo que tiene que hacer es venir conmigo y...

—No.

Apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita.

—Es usted demasiado terco.

—Hasta ahora no me ha dicho nada. Para empezar debiera haber mencionado al caballero interesado en conversar conmigo, ¿no le parece? Dime, Ronnie... ¿Por qué te han mandado a ti para esto?

—Es un encargo como otro cualquiera.

Arrojé la camiseta a un rincón y me levanté también. En mi costado había una gran magulladura, que dolía endiabladamente, pero el aire fresco que entraba por la ventana me alivió un tanto.

Ella se plantó delante de mí. Su expresión había cambiado. Decía a las claras que no estaba dispuesta a perder más tiempo.

—Quizá te mande otros emisarios que te gusten me nos que yo.

Dio media vuelta, y se encaminó a la puerta resueltamente.

Logré alcanzarla antes que la abriera.

—Más despacio, primor —le espeté, sujetándola por un brazo—. Quiero saber algunas cosas más sobre este asunto.

—¡Suéltame, bruto!

Forcejeó unos instantes, y luego se relajó. Entonces la besé y ella se puso rígida como un poste.

Sus labios permanecieron obstinadamente apretados.

La estreché contra mí y, de pronto, subió los brazos como si quisiera enlazarme por el cuello. Pensé que había vencido, pero de repente sus uñas se clavaron en mi nuca, y eso era lo único que me faltaba aquella noche. Un latigazo de dolor me sacudió de arriba abajo, y la solté igual que un hierro al rojo.

—Tú ganas —mascullé, mientras mi castigada cabeza zumbaba como una dinamo.

—¡Maldito bastardo! —estalló—. ¡Haré que te maten sólo por esto!

—Tendrán que hacerlo mucho mejor, nena, porque la primera vez han fallado.

No comprendió del todo.

—¿Qué diablos han fallado?

—El atentado —expliqué—; esta noche me han rociado con una pistola ametralladora. ¿Por qué repetirlo?

—Estás loco...

—Bueno, quizá si ves el coche te convenzas. Está hecho una criba. Aunque eso quizá ya lo sepa el caballero que te nombró su embajadora.

No cabía ninguna duda que estaba sorprendida.

—Debes burlarte de mí, ¿eh? —farfulló—. Has tenido un accidente, y ahora quieres liar las cosas, aunque me maten si sé por qué. Pero te acordarás de mí, Duryea...

—Mike.

—¡Infiernos!

Abrió la puerta. Yo dije:

—Si te vas, no podrás guiarme hasta el individuo que te mandó.

Se detuvo, atónita.

—¿Vas a venir?

—Seguro. No pienso renunciar al placer de tu compañía. Sólo dame tiempo para asearme un poco y cambiar de indumentaria. ¿Está bien?

Asintió con un gesto, y volvió a entrar. Cerré la puerta y penetré en el cuarto de baño.

Estaba agotado, dolorido y furioso. Y la noche todavía no terminaba...

Pero iría con ella.

CAPÍTULO IV

Nos abrió la puerta un fulano de rostro amargado y ojos tristes. Su voz, cuando saludó a Ronnie, era más bien un lamento de angustia. Me pregunté qué demonios, le dolería al tipo.

Ronnie echó a andar a través del vestíbulo y yo la seguí. Era un placer contemplar el grácil contoneo de su cuerpo. Subió las escaleras como una reina, y mis ideas se enturbiaron.

Arriba llamó a una puerta con los nudillos. No esperó respuesta, sino que entró, haciéndome señas de que la siguiera.

Había un hombre sentado al otro lado de una gran mesa escritorio. Era un individuo pálido y de ojos inquisitivos. Producía la impresión de que estaba desnudándole el cerebro a uno.

La muchacha explicó:

—No estaba en el hotel, Eddie. Hube de esperarle.

—Está bien. Encontrarás licores abajo, en el salón, ricura.

Ella sonrió y nos dejó solos.

—Siéntese, Duryea.

Lo hice frente a él. Yo sabía algunas cosas de Eddie Coulon, cosas capaces de preocupar a cualquiera. A mí me preocupó descubrir que era él quien me había buscado.

—¿Por qué me ha hecho venir a estas horas? —le espeté—. Y por medio de una embajadora de ese calibre... ¿No tiene usted pistoleros capaces de hacer esos trabajos?

—¿Pistoleros? —exclamó, enarcando las cejas, escandalizado al parecer—. Usted me confunde, Duryea... Sólo tengo empleados inscritos en mis nóminas.

—No me diga.

—Por lo demás, Ronnie trabaja también para mí. Por eso le encargué que fuera en su busca.

—Pero a medianoche...

—Mañana estaré fuera de la ciudad. Me entere muy tarde de que

usted había llegado a Los Ángeles.

—¿De qué modo lo supo?

—Es usted muy popular en ciertos círculos, ya lo sabe.

—Eso pasó a la historia.

—Tal vez, pero me informaron. Quise verle antes de mañana para dejar este asunto solucionado. Claro que no pensé que se retirase tan tarde.

Creí que había llegado la hora de empezar las dificultades, de modo que dije:

—Sus esbirros hicieron cuánto estuvo en su mano para que no pudiera regresar a ninguna hora, Coulon.

—Estamos hablando distintos idiomas. ¿Qué está tratando de decirme?

Mis dedos se cerraron alrededor de la culata de la pistola automática que había puesto en mi bolsillo, antes de abandonar el hotel.

—Esta noche me han ametrallado en la carretera consiguiendo dejarme fuera de combate, pero ya no volverán a encontrarme desprevenido, ni siquiera aquí dentro. En estos momentos hay una pistola apuntada a su barriga, y al menor signo de alarma llenaré de agujeros para quitarle lastre en su viaje al infierno. ¿Está claro?

Arrugó el ceño, perplejo.

—No lo comprendo —masculló, al fin—. Cuénteme...

Lo hice con todo detalle, escrutando sus reacciones. O era un actor formidable o no sabía una palabra del tiroteo.

Claro que estábamos en los alrededores de Hollywood y aquí los actores abundan como la mala hierba.

—Eso demuestra que es impopular para alguien determinado... o que se equivocaron, si el coche no era suyo, como afirma.

—Tal vez.

—Nosotros no tenemos nada que ver con ese atentado, Duryea.

—¿Nosotros?

Hizo un gesto como si espantara una mosca.

—Olvídelo. Y ahora, dígame, ¿tiene usted trabajo?

—¿Trabajo? —exclamé—. ¿Se propone darme un empleo?

—Ni más ni menos. Un trabajo muy bien pagado.

—Que me ahorquen si lo entiendo.

—Usted es interesante para nosotros, Duryea. Hemos escarbado

en su vida hasta la cuna, y tenemos la seguridad de que nos conviene. Reúne buenas condiciones, empezando con que siempre ha sido leal con sus asociados hasta el límite. Tiene un valor ampliamente demostrado en Vietnam y a lo largo de toda su vida, y no titubea cuando debe usar una pistola... como ahora está empuñándola en su bolsillo. Podría enumerarle algunas cualidades más, pero no es necesario.

—Gracias por la biografía —le espeté—. ¿Qué clase de trabajo es el que me propone?

—Proteger a un personaje importante. Le pagarán espléndidamente.

—¿Por qué me han elegido a mí, además de mi lealtad y todo eso que ha dicho antes?

—Mire, es usted un tipo distinguido, cuando se lo propone. Puede alternar en los ambientes más selectos, sin desentonar en absoluto. Frecuentará lugares de lujo, residencias de la alta sociedad; deberá codearse con gentes de elevada posición, gentes que están en la cumbre y que darían un salto si en sus salones se colase un pistolero profesional, aunque fuera protegiendo a uno de los suyos. Usted será un invitado más, vestirá las mejores ropas que pueda comprar, y se comportará como un *play-boy* acaudalado. Le repito que el trabajo le gustará.

—Lo dudo mucho. ¿Quién es el personaje que debe proteger?

—Eso lo sabrá sólo cuando haya aceptado.

—Bueno, me gustaría reflexionar un poco sobre esta Coulon. Nunca me ha gustado esta clase de trabajo. Considero que cada uno debe ser capaz de cuidar de sí mismo. ¿Por qué he de exponer yo la cabeza para hacer de ama de cría?

—La razón se llama quinientos dólares a la semana.

—Es un buen sueldo.

—Ya lo dije, el trabajo está bien pagado.

—Lo pensaré.

—¿Cuándo me dará la respuesta?

—Pasado mañana.

—Bien, entonces nos veremos de nuevo, pero no antes de las diez de la noche. Hasta esa hora estaré fuera de la ciudad.

Se levantó y rodeó la mesa. Yo seguía con la mano hundida en el bolsillo. Él dijo:

—Un tipo en sus condiciones, Duryea, no debería andar por ahí con una pistola en el bolsillo. Si le echan el guante, esa arma será su billete de regreso a Alcatraz.

—Me ocuparé de eso, cuando sea necesario. Pero se me ocurre que deberé estar armado si he de proteger a ese misterioso personaje.

—Entonces, amigo, usted habrá entrado en nuestra organización. Podrá ir armado «legalmente». Nos ocuparemos de que le concedan una licencia para portar armas.

—Ya veo. ¿Vuelve la chica conmigo?

—Le llevará en el coche hasta el hotel.

Me acompañó a la planta baja. Ronnie estaba reclinada lánguidamente en un diván, fumando y contemplando un programa de televisión. Tenía un vaso vacío en el suelo, cerca de su mano. Cuando nos vio entrar, desconectó el televisor por medio del mando a distancia, y nos sonrió con todo el encanto de que era capaz.

—¿Se han puesto de acuerdo? —susurró.

—Pronto lo sabremos —dijo Eddie Coulon. Luego se dirigió a mí, señalándome las bebidas—. Tome una copa antes de irse, Duryea.

El mismo se ocupó de llenar una para mí. Al entregármela, dijo:

—No necesita seguir llevando la mano en el bolsillo. Nadie piensa en nada violento esta noche.

Abandoné la pistola y bebí en silencio, admirando el sugestivo perfil de la muchacha, asombrado de que pudiera existir una mujer de belleza tan perfecta y provocativa.

Ella se dejó examinar con evidente complacencia. Viéndola en un plano inferior desde mi estatura, uno se daba cuenta de que con la misma calma y tranquilidad habría estado allí, si hubiera permanecido completamente desnuda. Excepto el temor a pillar un resfriado, no creo que nada hubiese podido impedirlo.

Minutos más tarde, rodábamos por las amplias avenidas de Los Ángeles, rumbo a mi hotel. Ella no dijo una palabra durante un buen rato. Luego, de pronto preguntó:

—¿Piensas aceptar lo que Eddie te propuso?

—No lo sé. Es un trabajo que me desagrada.

—Si eres listo, aceptarás, Mike, Es un empleo excelente.

No podía decirle que jamás consentiría en formar parte de las

huestes de Coulon, y menos en un empleo de guardaespaldas. Me intrigaba todo aquel embrollo, y ansiaba averiguar qué se escondía detrás de la proposición.

Recorrimos por lo menos dos millas más antes que ella hablara otra vez. Y fue para decir con voz tensa.

—Debes aceptar, Mike.

—¿Por qué?

—Por mí.

—Dime otra razón.

—¿No te basta hacerlo por mí?

—Hace años que dejé de ser un sentimental, primor.

—Tengo algunos proyectos, en los que tú estás incluido.

—¿Sí?

—Proyectos importantes, Mike.

—Bueno.

—¿Aceptarás?

—Dame tiempo para pensarlo.

El coche se deslizaba por Cahuenga Boulevard. De pronto, ella lo arrimó a la cera y cerró el contacto. Apagó las luces y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa ahora? —indague.

—Quiero hablar contigo.

—Está bien, nena, sólo recuerda que estoy agotado y no me encuentro en uno de mis mejores momentos así es qué abrevia, ¿quieres?

Sonrió en la oscuridad del coche.

—Puedo hacer que te sientas mejor, Mike.

Se removió en el asiento, como si buscara una postura más cómoda. De repente, me echó los brazos al cuello.

Esta vez no permaneció inaccesible. Me demostró que besar es un arte.

La sujeté entre mis manos. Los años solitarios y llenos de nostalgia quedaron atrás en un segundo por que lo que en aquel tiempo eran sólo sueños locos en las noches, ahora se convertía en realidad.

Una realidad ardiente como el infierno.

Sin apenas separar los labios, musitó:

—Aceptarás, Mike lo harás por mí...

—¿A cambio de qué?

—Esto es sólo un anticipo...

La besé, a sabiendas de que estaba bordeando un abismo. Sabía muy bien que una mujer como ella podía conseguir dominar mi voluntad si flaqueaba. Traté de decirme que ya una vez otra mujer semejante me había arrastrado al desastre y todo fue inútil.

CAPÍTULO V

Los dos llegaron casi al mismo tiempo. Sólo que Dan Keyes lo hizo el último, y en su rostro fosco y ceñudo se reflejaba la tensión que dominaba su ánimo.

Paul Fisher gruñó:

—¿Qué demonios te pasa?

—Nada, dificultades en los negocios. Ahora más que nunca te necesito, Mike.

—¿Por qué?

—Preciso de un hombre en el que pueda confiar ciegamente. Hay algo que no marcha, y tú averiguarás qué es.

—Pero, Dan, recuerda que no sé una palabra de tus complicados negocios.

—No importa, lo aprenderás rápidamente. Lo que realmente preciso es tener a alguien de confianza en un puesto clave.

—Haré cuanto pueda, por supuesto.

—Te presentaré a uno de mis socios. Se llama Tisdale y ya le he hablado de ti. Lleva personalmente todos los asuntos cinematográficos, y es un experto. Te instruirá sobre tu trabajo, pero las disposiciones finales te las daré yo personalmente esta tarde.

—Estás complicándolo cada vez más. Todo lo que yo sé de cine, podría escribirse en un sello de correos.

—¿Crees que alguien sabe realmente lo que es el cine? —rió Paul.

Comimos en la misma mesa de aquel restaurante. La conversación giró en torno a mil temas del pasado, a nuestros tiempos de Vietnam y a lo que siguió. Salieron a relucir muchachas ya olvidadas, historias viejas que revivían en el recuerdo...

Sólo que nada de todo ello logró despejar el fruncido ceño de Dan Keyes.

Habíamos terminado de comer y encendido cigarrillos cuando dijo de repente:

—No quería hablarte de eso, pero me quema dentro. Lo siento, Mike.

—¿De qué estás hablando y qué es lo que sientes?

—Lo de anoche, con mi madre.

—Oh, bueno, olvídalos. Hasta cierto punto tenía razón.

—¡Ninguna! Y menos con lo que hizo después que te marchaste.

—¿Qué fue, te sermoneó?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Hizo algo peor. En cuanto estuviste fuera se apresuró a contar a los Robbins quién eras tú y de dónde habías salido. Me recriminó acremente por haberte llevado a cenar a casa. Te aseguro que los invitados se quedaron helados por la sorpresa y la mala acción de mi madre.

Pensé muchas cosas en aquellos instantes, y creo que el furor que me dominó fue debido al hecho de que la revelación hubiera sido hecha precisamente ante aquella deliciosa muchacha llamada Marjory Ann.

Mi amigo añadió:

—Fue una escena lamentable. Incluso Marjory le recriminó veladamente su proceder al hablar así de ti cuando no podías oírlo ni defenderte.

—Bien, por lo menos eso resulta agradable de oír.

—Lo lamento, Mike...

—Lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. Háblame un poco más de ese empleo...

Lo hizo, pero se le notaba muy preocupado.

Pensé que debía hablarle del atentado y el coche hecho trizas. Había de saberlo porque la policía acudiría a él en cuanto advirtieran que la patente del auto estaba a su nombre.

Pero se me ocurrió que ya tenía demasiadas preocupaciones. De modo que no me atreví a preocuparle más, entonces.

Cuando se despidió para acudir a sus oficinas, quedamos citados para las cinco.

—Es la hora en que el personal termina su jornada y estaremos solos, Mike —explicó—. Podremos dedicarnos por entero a buscar una solución a mi problema.

—Conforme. Estaré ahí a las cinco.

Se fue y durante unos minutos ni Paul ni yo pronunciamos una palabra.

Finalmente, dije:

—¿Qué opinas, muchacho?

—No lo sé. Nunca le había visto tan ceñudo. Algo grave debe suceder en sus negocios.

—Me pregunto si sus preocupaciones tendrán alguna —elación con el atentado...

—¿Qué?

Ya era hora de hablar con él de eso, de modo que e conté lo sucedido la noche anterior, cuando salí de la casa de los Keyes a bordo del «Cadillac» de Dan.

No me guarde ningún detalle. Paul refunfuñó:

—Es absurdo. ¿Quién pudo intentar matar a Danny? Es un muchacho estupendo, leal, sin enemigos...

—Alguno debe tener, cuando trataron de matarle. Porque no me cabe duda que los tiros iban dirigidos a él. Se guiaron sólo por el coche porque los pistoleros no podían saber que sería yo quien lo conduciría.

—Opino que deberías decírselo, Mike. Si lo sabe, vivirá precavido. Y hasta es posible que sabiéndolo, sospeche la identidad de quien desea su muerte.

—Tienes razón; le hablaré cuando le vea esta tarde.

Pero ya no pude hacerlo. Cuando llegué a las gigantescas oficinas, encontré aquello convertido en una sucursal del manicomio, con la policía y los reporteros al asalto, convertidos en los amos del edificio.

Hacía exactamente treinta minutos que Dan Keyes se había pegado un tiro con un revólver del «38».

El teniente Lukens esperó a que los últimos técnicos de la policía abandonasen la oficina privada de Dan antes de soltar:

—Desde que llegó usted a la ciudad, presidiario, hay tiros por todas partes.

—Atraigo las tormentas, teniente. ¿Va a cargarme con la muerte del que fue mi mejor amigo, acaso?

—Me gustaría hacerlo, pero no cabe duda que se suicidó. Pero eso no quiere decir que usted sea inocente por completo. Según me

han dicho, desde que llegó a Los Ángeles ha estado en continua relación con Dan Keyes. ¿Es cierto?

—Sí. ¿Qué hay de sospechoso en eso?

—Todavía no lo sé, pero piense usted un poco. Hasta que usted llegó. Keyes era un hombre jovial. De pronto aparece Mike Duryea, un antiguo camarada de armas y aventuras de Keyes, y este empieza a mostrarse preocupado. Luego, sin que usted tenga ninguna experiencia en negocios decentes, le gestiona un cargo importante en su Compañía. O sea que le facilita un trabajo del que usted no entiende nada, y a cambio del cual va usted a cobrar un sueldo de primera magnitud. ¿A qué bucle eso, presidiario?

Sentí un tirón en todos los nervios de mi cuerpo. Algo rugió en las profundidades olvidadas de violencia y muerte, y dije con voz que brotó silbante y letal:

—Huele a lo mismo que usted, cerdo.

Rió entre dientes, sin alterar su expresión triunfante.

—Chantaje, presidiario...

Ni siquiera pudo terminar. Salté sobre él y le desearme un trallazo bajo el mentón, que lo tiró de espaldas, rugiendo de dolor.

Hundió la mano bajo la axila, mientras intentaba incorporarse. No lo consiguió porque le pateé la cabeza, ciego de ira.

Rebotó como una pelota. El revólver de reglamento que había conseguido empuñar cayó a un lado, y él sólo se ocupó de protegerse de lo que se le venía encima.

Le agarré por los cabellos, levantándole. Consiguió machacarme el estómago un par de veces, y el dolor me dobló, pero ya no pudo hacer mucho más porque le hundi el puño más abajo del cinturón y en el instante que se doblaba, boqueando, le cerré la boca con un zurdazo de abajo arriba, capaz de desnucar un buey.

El teniente no era ninguna res; botó materialmente levantado del suelo, y se estrelló contra la puerta cerrada. El trastazo retumbó como el disparo de un cañón.

Apenas había caído cuando la puerta se abrió y entraron un sargento de uniforme y uno de los detectives del teniente. Los dos contemplaron al hombrón gimoteante que se arrastraba por el suelo, lleno de dolor.

Luego, me miraron a mí. No descubrí ninguna animosidad en sus expresiones. Cualquiera pensaría que el percance de su superior no

les impresionaba excesivamente.

—Tranquilo, muchacho —gruñó el sargento, empuñando su «38» de reglamento—. Eso ha sido un error por su parte.

—Se lo buscó.

—Bueno, pero no debió usted hacerlo.

El otro avanzó y en un instante colocó las esposas en torno a mis muñecas. Suspiré, porque me había ganado el billete de vuelta a Alcatraz por méritos propios.

Lukens logró incorporarse con la ayuda del sargento. Pero necesitó mucho tiempo para recobrar siquiera la voz.

El detective recogió el revólver y se lo devolvió. Por un instante, el furor homicida le dominó y pareció dispuesto a pegarme un tiro sin más, despreciando incluso el hecho de que yo estaba esposado.

Sólo que el sargento refunfuñó:

—Por favor, teniente, no lo complique todavía más.

—¡Le haré pedazos!

—¡Es usted un bastardo, sucio polizonte! —le grité—. Además, es un impotente como policía, un incompetente que necesita cargar a alguien con los casos que es incapaz de resolver...

—¡Cállese, estúpido! —bramó el sargento.

Callé, naturalmente.

—¡Llévenselo! —barbotó Lukens—. Quiero que permanezca incomunicado hasta que pueda ocuparme de él.

El sargento me tocó el brazo.

—Vamos, amigo, tenemos una habitación especialmente reservada para usted...

Salimos y pasamos en medio de un montón de empleados que nos miraron, atónitos. Todos se apartaban a los lados para dejarnos paso. Eso ya era de por sí un triunfo para Lukens.

Había una muchacha al lado de la puerta de salida. Una deliciosa estampa difícil de olvidar, delicada y hermosa como el sueño de un adolescente. La reconocí al instante y quedé parado, obligando a detenerse al sargento.

Marjory Ann me miró como si no diera crédito a sus ojos. Trató de hablar y ningún sonido brotó de sus labios.

El sargento me empujó, obligándome a continuar hacia adelante. Sobre mi nuca sentía aún aquellos ojos profundos y bellos siguiéndome hasta que doblamos un recodo del pasillo.

Dos horas más tarde, Lukens apareció en la celda, escoltado por su fiel detective. Me miró largamente sin hablar, mostrándome las señales que mis golpes habían dejado en su cara. Eso me consoló por el encierro.

—Ahora podemos hablar largo y tendido, presidiario —me espetó—. Quiero saber qué clase de palanca utilizó con Keyes para obligarle a emplearlo.

—No le advertiré otra vez, teniente. Repita lo del chantaje y tendrán que recoger lo que quede de usted con una pala. Y su gorila amaestrado no tendrá tiempo de impedirlo. Dan era el mejor amigo que he tenido jamás, me salvó la vida en las selvas de Vietnam, y entre él y yo existían lazos que nunca se rompen...

—Conmovedor. ¿Ha oído hablar del tercer grado?

—Seguro.

Sonrió.

—Va a experimentarlo en todo su rigor, presidiario. Le haremos una demostración completa.

—Adelante. Quizá así consiga que le asciendan.

Barbotó un insulto, pero se dominó en el último instante.

—Dentro de media hora su tono cambiará presidiario —aseguró.

Salió, siempre escoltado por su detective, y de nuevo quedó solo.

Diez minutos después apareció un agente de uniforme, que abrió la puerta y gruñó:

—Andando, muchacho. Alguien quiere verle.

Bueno, el tercer grado. Veríamos, si conseguían, quebrantarme.

Me llevó a un despacho donde esperaban tres hombres. Uno era el teniente Lukens, ceñudo, pálido y temblando de ira. El segundo, sentado detrás de una mesa, era un hombre de unos cincuenta años, mirada tranquila y cabellos revueltos.

El otro vestía con esmerada pulcritud, de estatura elevada y su aspecto era el de un político de éxito en día de elecciones.

El que estaba detrás de la mesa preguntó:

—¿Es usted Mike Duryea?

—Sí.

No comprendía nada. El hombre prosiguió:

—Está usted en libertad. Este caballero, Hollinger, ha presentado un mandato de *habeas-corpus*, que nosotros acatamos. No obstante, deberá permanecer en la ciudad para ser interrogado en el

momento que creamos necesario.

—Entiendo.

El abogado saltó:

—Permítame que aclare un par de puntos, capitán... Mí; cliente está en libertad con todos sus derechos. Si vuelven a molestarle en relación con este caso, no podrán obligarle a declarar una sola palabra si no es en presencia de su abogado. Por otra parte, hemos decidido de mutuo acuerdo dar al olvido la violencia provocada en el despacho del difunto señor Keyes... en beneficio de ambas partes. El teniente rebasó sus atribuciones, trató de amenazar con el revólver a mi cliente y...

—Ya hemos discutido todo esto —le atajó el capitán—. Pueden marcharse.

Lukens parecía tener algo amargo encasquillado en te garganta a juzgar por su expresión.

Salimos. Recuperé todas mis cosas en la oficina de recepción, y una vez en la calle respiré a pleno pulmón.

Entonces vi aproximarse a Paul acompañado por un hombrecillo delgado y con grandes gafas cabalgando en mitad de su nariz. Tras los lentes brillaban unos ojillos astutos como los de un zorro.

Entonces creí comprender y exclamé:

—Gracias, Paul. No pensé que pudieras moverte tan rápido.

—¿Rápido? —Gruñó—. Creí que todavía te encontraras pudriéndote ahí dentro. ¿Cómo saliste?

Señalé al abogado y éste sonrió, diciendo:

—No fue este caballero quien me encargó sacarte del apuro, Duryea. Por lo visto, es usted un hombre muy popular.

—¡Caray, no lo sabe usted bien! Pero...

—Supongo que querrá cambiar unas palabras con su amigo —me interrumpió—. Estaré esperándole en aquel coche... el «Lincoln» gris estacionado en la esquina.

Asentí. Era un coche regio, convertible, aunque llevaba la capota subida. El abogado se alejó. Paul indagó:

—¿Quién es él, Mike?

—No lo sé. Me ha sacado justo cuando el teniente se disponía a aplicarme el tercer grado. Alguien debe haberle contratado.

—Nosotros veníamos con la misma intención —estalló, atónito—. Traía a mi propio abogado, pero veo fue ya no nos necesitas.

Despidió al hombrecillo y entonces preguntó con voz ronca:

—¿Cómo fue lo de Dan, muchacho?

—No sé nada. Se había suicidado y había una gran confusión en las oficinas.

—Increíble.

—Dan estaba tendido en el suelo, detrás de su mesa-escritorio... Nunca lo olvidaré.

—¿Qué opinas?

Me encogí de hombros y echamos a andar hacia el coche que esperaba en la esquina.

—Por una parte, Dan no era del tipo suicida. Pero por otro lado, pienso en su profunda preocupación de esta mañana. Dijo que esperaba entrevistarse con alguien que debía darle noticias importantes...

—¿Y ese «alguien»?

—Nadie sabe quién es. Oyeron el disparo, y al entrar encontraron a Dan en el suelo, con el revólver en la mano. Nadie duda de que se suicidó.

—¿Y tú?

—Hacía años que no le veía. Quizá había cambiado, pero nunca hubiera sospechado que fuera capaz de pegarse un tiro.

—Y ahora, ¿cómo queda lo de tu empleo?

—No lo sé, aunque eso es lo de menos. Veré al director de quien me habló, pero no es cosa que me preocupe mayormente ahora.

Nos despedimos y él se fue. Yo llegué hasta el «Lincoln» gris y busque al abogado con la mirada.

No había ni rastro del picapleitos, pero sentada ante el volante esperaba Marjory Ann con gesto impaciente.

—Creí que no pensaba usted venir en toda la tarde —exclamó.

Rodeé el coche y tomé asiento a su lado. Contemplé el bello y delicado perfil de la muchacha. Era un sueño hecho realidad. Me turbaba de maneta desconcertante, quizá porque, después de dos años de condena sin ver más mujeres que las de las revistas escandalosas que corrían bajo mano, ella era, además de Ronnie, la única mujer con la que había hablado.

Y ésta era tan distinta de Ronnie come el día de la noche.

Ella apartó el coche de la acera. Sólo unos minutos después dijo:

—¿No se le ocurre nada?

—Sí; ¿por qué lo ha hecho?

—Es posible que ni yo misma lo sepa.

—No es lógico ni razonable. Me manda un abogado, sin importarle que se haga público que ayuda a un expresidiario. Se expone a una repulsa por parte de su familia y encima dice que no sabe por qué lo hace. ¿Qué clase de loca es usted?

—Dan era un gran amigo, el mejor que he tenido jamás. Y él le apreciaba a usted, le quería como a un hermano. Pude darme cuenta anoche. Y me habló de usted, me contó cosas terribles que usted había hecho en Vietnam para sacarle a él y a Paul de las garras de los guerrilleros...

—Hubiera sido mejor que...

—Estaba orgulloso de su amistad —insistió, interrumpiéndome—. Y ahora está muerto.

Las lágrimas enturbiaron sus ojos. Detuvo el coche en un lugar libre y cerró el motor. Sin mirarme, murmuró:

—La señora Keyes está desesperada. Parecía dura como el diamante, pero ese golpe la ha hecho pedazos.

—Esa harpía se repondrá fácilmente.

—Por favor, olvide el rencor. Me gustaría que... que fuera a verla.

—¿Yo? —exclamó, atónito.

—Sí.

—Tonterías. Me echaría a puntapiés.

—No, Mike...

—Olvídelo —corté.

Me miró. El brillo de las lágrimas me turbó. O quizá fue la proximidad de su cuerpo y sus labios, o el suave perfume que se desprendía de ella.

De repente, me preguntó:

—¿Qué sería usted capaz de hacer por Dan?

No necesité pensar la respuesta.

—Todo.

—¿Incluso vengarle?

—No hay venganza posible.

—¿Por qué no?

—Él se suicidó.

—No, Mike. Lo asesinaron.

Si no hubiera estado sentado me habría caído de espaldas.

CAPÍTULO VI

Tumbado en mi cama del hotel, no podía dejar de pensar ni un segundo en la afirmación de Marjory Ann respecto al asesinato de Danny, y la subsiguiente conversación al respecto.

Hechos y palabras danzaban una zarabanda loca en mi gente, turbándome porque si era cierto que alguien había asesinado a Dan, yo mataría al asesino a costa de lo que fuera.

Fue justamente en medio de este torbellino, cuando llegó Ronnie.

Su presencia llenó la habitación como una llamarada. El vestido que llevaba daba la sensación de que había sido moldeado sobre sus curvas, apretándose a ellas golosamente.

Todo lo que dijo fue:

—Deseaba verte, Mike.

Me alegro mucho de que hayas venido.

Me ofreció los labios y la llamarada inicial se convirtió pronto en un incendio. No obstante, dije cuando se apartó:

—¿Estabas impaciente por saber mi decisión?

—No seas tonto, Mike. La respuesta que des a Eddie me interesa mucho, pero ahora sólo quería estar junto a ti.

Asentí con un gesto, llené unos vasos y nos sentamos en el diván. Le rodeé los hombros con mi brazo y la apreté contra mí.

—He estado pensando mucho en nosotros dos —murmuró.

—Yo también. Y he hecho algo más que pensar.

—No comprendo.

—He hecho algunas discretas averiguaciones. Unas preguntas aquí y allá. Es sorprendente la cantidad de información que puede obtenerse, si uno sabe dónde pediría.

Se enderezó, apartándose un poco de mí. Bebió un serbo y pude darme cuenta de que estaba desconcertada.

—¿A que te refieres?

—Tenía interés en saber cosas de una muchacha llamada Ronnie.

—¡Oh!

—¿Sabes lo que me dijeron textualmente?

—Mike...

—Dijeron: *Es la muñeca de Johnny Maxie*. Del «Gran Maxie», el zar del crimen que domina negocios de Costa a Costa. Eso me dijeron, nena.

—Mike, escúchame...

—No tienes nada que decirme, primor. Si uno lo piensa con calma, tú y yo somos de la misma especie.

Tras un silencio, que aproveché para vaciar mi vaso, ella susurró:

—¿Cambia esto las cosas entre tú y yo?

—¿Por qué tendrían que cambiar?

—No lo sé. De cualquier modo, te necesito, Mike.

—¿Me necesitas? Yo diría que soy yo quien te necesita a ti. Me has precipitado en un mar de dudas y vacilaciones, nena, pero sea como sea, has entrado en mi vida con la fuerza de un ciclón.

Suspiró, y echándome los brazos al cuello premió mi comportamiento del mejor modo que ella sabía hacerlo. En el arte del amor era una experta de primera clase, y lo demostró una vez más.

Cuando pasó la tormenta, la noche había cerrado allá fuera y estábamos sumidos en la oscuridad. Los rumores del tránsito en la calle llegaban amortiguados y entraban a través de la ventana abierta cual una música de fondo sincopada y loca.

De pronto, ella pareció despertar de un letargo y preguntó con un susurro:

—¿Has decidido qué vas a responderle a Eddie, Mike?

—Tendría más elementos para decidirme si supiera por qué te interesa tanto mi decisión.

—Lo sabrás. ¿No te gustaría ser poderoso, poseer riquezas y obtener de una vez un imperio en marcha?

—Por supuesto que me gustaría. De todos modos, enterré las ilusiones tras los muros de Alcatraz, nena.

—Yo sé cómo obtener todo esto fácilmente.

—Dime cómo.

Calló y encendió un cigarrillo. Después preguntó:

—¿Sabes quién es el hombre que debes proteger, el hombre que te pagará quinientos a la semana para que guardes su sucia vida, mientras él se embolsa dos millones todos los meses?

—¿Dos millones?

—Puede que gane mucho más limpios.

—Bueno, dímelo.

—Se llama Johnny Maxie.

Casi me levanté de un brinco.

—Ya veo —balbuceé.

—¿Sabes quién es el «Gran Maxie» en realidad?

—Confieso que he oído hablar de él, pero apenas sé nada de sus actividades.

—Ya lo imaginaba. Tiene millones invertidos en Nevada. La mitad de Las Vegas le pertenece, con gigantescos casinos de juego. Posee intereses en la industria del cine y un ejército de asesinos que le obedecen ciegamente porque le temen. Domina la prostitución en todo el Oeste y una de las mayores cadenas de distribución de estupefacientes del país es suya. Tiene picapleitos de categoría que le asesoran en todo momento para que no tropiece con la ley y pueda seguir con sus estafas en gran escala, otro de sus negocios más rentables. ¿Quieres más detalles?

—Son suficientes.

—Bien, ¿qué opinas de él?

—No cabe duda que es un hijo de perra de primera clase, pero eso no me aclara nada. ¿Cuál es tu idea?

Suspiró en la oscuridad, acurrucándose en el diván perezosamente.

—Podemos arrebatarle ese poderío, Mike... tú y yo.

—Tú no estás bien de la cabeza, querida.

—Lo he pensado durante meses y meses. Todo depende de ti.

Sentí sus manos que buscaban las mías hasta que las encontraron. La presión de sus dedos se volvió apremiante y susurró:

—¿Lo harás, Mike?

—¿Hacer qué?

—Matarlo.

Bueno, creo que había estado esperando algo semejante desde

que empezara a hablar. No obstante, sentí un escalofrío, debido a la frialdad de su voz y la resolución que vibraba en su tono.

—¿No me has oído? —insistió.

—Te he oído perfectamente, sólo que preferiría haberme equivocado, Ronnie.

Oí la tenue risa en la oscuridad de la habitación y, de pronto, me espetó:

—Tienes miedo, ¿es eso, Mike?

—No se trata de miedo. Sólo que acostumbro mirar a la vida desde un punto de vista más bien desapasionado, analítico. Y se me antoja que matar a Maxie no conduciría a nada práctico. ¿O esperas que haga testamento a tu favor?

—Eso no serviría de nada, si no estuviera un hombre como tú en el asunto. Pero te repito que he planeado la cosa durante meses... No hay uno solo de sus hombres que sea capaz de sustituirle, y ellos lo saben. La complejidad de sus negocios exige un hombre resuelto, inteligente y duro. Los que le rodean son duros, pero ninguno es inteligente, excepto quizá Eddie, pero éste sabe que jamás podrá llegar a la altura de Maxie. Sus hombres no le aceptarían nunca porque está acostumbrado a tratarlos con desprecio.

—¿Y qué te hace pensar que nos aceptarían a nosotros? —insistí, sólo para ver hasta dónde llegaba con su loca idea. Yo había resuelto que mandaría todo el asunto al demonio, pero antes quería averiguar los riesgos que eso pudiera implicar.

—Te aceptarían a ti —afirmó—. He realizado algunos sondeos discretamente. Odian a Maxie tanto como a Eddie Coulon.

—Has pensado en todo, ¿eh?

—Sí, Mike, en todo. Sólo esperé a encontrar al hombre adecuado. Y las circunstancias, en tu caso, favorecen mis planes. Habrás de permanecer casi constantemente junto a Maxie, en tu calidad de guardaespaldas. Se te presentarán centenares de oportunidades y sólo tendrás que aprovechar la más favorable. Ya no puede ser más sencillo.

—Ni más arriesgado.

—¿Y el premio, no vale los riesgos?

Quise decirle que abandonara sus locos proyectos, que no se puede luchar contra un hombre como Maxie de este modo porque está rodeado de poderosas influencias, de personajes sobornados,

que se cuidarían de ajustar cuentas con el sucesor del gran bastardo para vengarse de que les hubiera interrumpido sus fuentes de ingresos...

Quise decirle muchas más cosas para que desistiera de tamaña locura. Sólo que ella no me dejó hablar en un buen rato porque empleó sus artes en derrumbar una a una todas mis defensas.

Y ganó en toda la línea, por supuesto.

Quizá porque yo, en esa batalla, deseaba ser derrotado.

CAPÍTULO VII

Vi a la señora Keyes a la mañana siguiente. Marjory me arrastró hasta la gran residencia, a pesar de mis protestas. Comenzaba a convertirme en juguete de las mujeres.

Estaba más bella que nunca mientras viajábamos en coche. Apenas hablamos durante el camino, sólo al aproximarnos a la verja me recomendó:

—Le ruego que no le diga nada de mis palabras de ayer. Ella piensa que se suicidó... y es mejor que siga pensándolo hasta que salga a luz la verdad.

—Muy bien, no diré una palabra.

El portón se descorrió ante el morro del «Lincoln», y ella condujo por el amplio sendero de grava.

—Gracias por no creer que estaba loca, Mike.

—¿Por qué loca? Sus razonamientos son, correctos. Seguiré adelante con este asunto hasta el final.

Vimos a la desagradable dama sobre los escalones del porche. Vestía de negro y a juzgar por las flores que llevaba en la mano, regresaba de un recorrido por el jardín. Me preparé para soportar sus impertinencias una vez más y salté del auto.

Marjory Ann susurró:

—Por favor, trate de ser amable con ella.

Al acercarme me estremecí al darme cuenta del cambio sufrido por aquella mujer. Parecía vieja de mil años y de su altanería no quedaba nada.

Sus ojos, que me habían fulminado despiadadamente, eran ahora apagados y tristes; sin embargo, resultaban mucho más humanos que antes. Sus manos temblaban como las de cualquier anciano decrepito.

—¿Cómo está usted, señora —murmuré cuando me ofreció su mano.

—Entren... Gracias por haber venido.

Nos guió al interior, Marjory tomó asiento a su lado, y prendió una de sus manos. Yo me coloqué frente a ellas. Sus ojos húmedos se clavaron en mí, desesperanzados.

—Es inútil que le diga cuánto siento lo ocurrido señora. Dan fue el mejor amigo que he tenido nunca.

No apartó la mirada de mi rostro. Y de pronto, rompió a hablar, y sus palabras me dejaron helado:

—Debe perdonarme por raí comportamiento de la otra noche... Mi hijo me hizo ver cuán ruin era mi actitud. Ha sido necesario que él muriese para que viera la espantosa soledad de mí vivir inútil. No supe hacer feliz a mi propio hijo... siempre le contrarié...

Busqué palabras con qué barrer esos negros pensamientos, pero no las encontré. Comprendía cuánto debía costarle hablar así.

Marjory acudió en mi ayuda, y murmuró:

—Debe recobrase, señora. Todos sufrimos por lo sucedido. No ganará nada atormentándose continuamente con lo mismo.

—Tú viste a Dan poco antes de... de que muriese. ¿Qué te dijo, parecía preocupado, te habló de mí, acaso? Yo no lo vi cuando se fue por la mañana... Por favor, querida, hálame de él...

Marjory habló. Debí reconocer que era muy inteligente, y que consiguió calmar a la mujer con relativa facilidad.

Cuando nos despedimos no había lágrimas en sus ojos y, a pesar de las circunstancias, logró despedirse de la muchacha con una pálida sonrisa en los labios.

Después, retuvo mi mano unos instantes y musitó:

—Una vez más, Mike, deseo que olvide mi comportamiento. Nunca quise creer que Dan tuviese razón cuando se refería a usted. El... él le apreciaba mucho.

—Lo sé, pero usted tenía parte de razón la otra noche. No soy ninguna alhaja.

Nos contempló hasta que el coche ya estuvo en marcha. Marjory no despegó los labios en un buen rato. Luego, cuando habló, dijo:

—No era tan dura, después de todo. El golpe la ha hundido.

—Sí...

Me miró de reojo y esbozó una sonrisa.

—Creo que usted tampoco es tan rudo como aparenta, Mike.

—Eso es solamente su opinión.

Llegamos al centro y detuvo el «Lincoln» en una esquina. Antes que dejara su compañía, me recordó:

—Le veré esta noche, tal como convinimos, Mike, hablaremos del asunto y quizá entonces usted haya averiguado algo al respecto.

—De acuerdo, pero no confíe demasiado en mis dotes de detective. Recuerde que siempre milité en el lado opuesto.

—¿Por qué es usted tan rematadamente tonto, Mike? Embragó el coche y se fue, dejándome un tanto perplejo.

Busqué un taxi y cuando lo encontré, le di la dirección de Eddie Coulon. Entre otras cosas, quería preguntarle cuándo empezaba mi trabajo de guardaespaldas. Aún no conocía a Johnny Maxie. El «Gran Maxie», como le llamaba todo el mundo.

El hombre que yo tenía que matar.

Coulon me recibió con una pálida sonrisa. Vestía un batín de seda, tan elegante como el de una corista. Tenía cara de sueño, y me pareció cansado.

—Le dije que viniera esta noche —me recordó—. El hombre al que deberá proteger estará fuera de la ciudad hasta entonces.

—Recuerdo muy bien lo que me dijo, pero esta inactividad no me produce ningún beneficio.

Me miró calculadoramente. En nuestra última entrevista se había negado a revelarme la identidad de mí «patrón», y al parecer tampoco ahora estaba dispuesto a decirme el nombre. Bien, no me preocupa la cosa porque yo sabía, por medio de Ronnie, de quién se trataba.

—No se impaciente. Si lo que necesita es dinero, le daré un anticipo.

—Eso me parece muy bien; no obstante me gustaría que él estuviera aquí y empezar el trabajo inmediatamente.

—Mire, estoy esperándole porque dijo que vendría esta noche, pero es posible que su llegada se retrase, en cuyo caso no estaría con nosotros hasta mañana. En cualquier caso, usted está contratado, y su sueldo corre desde el momento que aceptó el empleo. No se preocupe por nada, Duryea.

Me dio quinientos dólares, pero recomendándome al mismo tiempo:

—Haga que le duren porque no le daré más dinero hasta que se lo haya ganado. Y éstos se los descontaré de sus primeros sueldos.

Diviértase entre tanto.

Me alejé de la casa con los quinientos en el bolsillo y diciéndome que las cosas rodaban muy aprisa para mi gusto.

Me sorprendí a mí mismo pensando en Marjory Ann. Debía verla aquella noche, «para hablar de Dan», según sus palabras. Pero en realidad, quería hablarme del posible asesino y yo habría de darle unos informes que todavía no había conseguido, todo eso suponiendo que existiera un asesino.

¿Por qué no podía ser cierto que Dan se disparó un tiro? Podían darse docenas de circunstancias que le empujaran a esa fatal decisión. Yo mismo le había visto terriblemente preocupado, inquieto. Me había dicho que alguien iba a proporcionarle noticias muy graves...

Pero Dan no era del tipo que se suicida. Era capaz, de pelear contra cualquier cosa, como había demostrado en el pasado.

Marjory parecía muy segura y sus inciertas razones tanto podían ser válidas como equivocadas. De modo que tan buena era su hipótesis como cualquier otra.

Llegué ante la entrada del gigantesco edificio de oficinas. No sabía hasta qué punto podía ser productivo el paso que iba a dar. Recordaba el nombre que Dan pronunciara durante la comida: Tisdale.

Y por él pregunté.

Me mandaron al cuarto piso. Las gentes andaban apresuradas y nerviosas de un lado a otro. La vida continuaba allí dentro, a despecho del drama que había conmocionado a la empresa.

En las salitas de espera que podía ver, había gente aguardando pacientemente, leyendo periódicos o hablando entre sí en voz baja, como si estuvieran en una iglesia.

Una secretaria acudió a preguntar mi nombre. Cuando me miró a la cara me reconoció como al hombre que salió de allí esposado, y dio un respingo.

—Me llamo Duryea —anuncié—. Quiero ver a Tisdale, si es posible.

—Espere un minuto... fueron más de dos los que aguardé, pero al parecer había individuos allí que llevaban horas esperando algo.

La chica me guió a través de un dédalo de pasillos. Por todas partes zumbaban las computadoras y las máquinas de escribir.

Aquello era una colmena bien organizada.

El despacho era grande, reluciente y hermoso. Tenía algo que le recordaba a uno un decorado de película. Al otro lado de la mesa, colocada frente a la ventana había un hombre que se levantó al verme avanzar hacia él.

—Yo soy Tisdale —anunció, estrechándome la mano—. Keyes me habló mucho de usted... Ha sido una desgracia terrible perderlo justamente ahora.

—Cierto. Era un gran muchacho.

Tomé asiento en una butaca. Tras examinarme unos instantes, dijo:

—Keyes deseaba darle un empleo aquí, Duryea en nuestra sección de producción.

—Un momento... Debo advertirle que no entiendo uro; palabra de cine. Se lo dije también a Dan, pero eso no pareció importarle en absoluto.

—Ciertamente, no va usted a realizar películas, en todo caso. Verá, es fácil de comprender. En toda película que se produce se filtran cantidades de dinero aquí y allá, en mil detalles que, sumados, forman una cifra inquietante. Usted se encargará de vigilar la producción y fiscalizar esos gastos fuera de programa. Le presentaré en los estudios, y podrá empezar de inmediato.

—De modo que me da usted el empleo...

—¿Por qué no? Dan aseguraba que era usted el hombre en el que más confiaba. Por lo tanto, me parece correcto respetar sus deseos ahora que está muerto. Además, el trabajo de que le he hablado hay que realizarlo y pronto.

—De acuerdo.

—¿Cuándo quiere empezar?

—¿Le parece dentro de una semana?

Todo había sido demasiado rápido, precipitándose en alud sobre mí. Por otra parte, yo necesitaba cierto tiempo para solucionar el asunto Maxie porque era algo que no podía dejarse colgado.

—Por mí, conforme —aceptó.

Levantándose, dio por terminada la entrevista. No me acompañó a la puerta, naturalmente; me consideraba ya como un asalariado suyo, de modo que debía conservar las distancias.

Así que abandonó el despacho y el edificio un tanto

tranquilizado respecto a mi futuro.

Pero había otras cosas que minaban era tranquilidad, y entre ellas estaba el proyecto de asesinato del «Gran Maxie», la pasión arrolladora de Ronnie... y el persistente recuerdo de Marjory Ann, que no me abandonaba.

Demasiados problemas para encararlos todos a la vez.

CAPÍTULO VIII

Marjory Ann me recibió en un pequeño apartamento que poseía en las estribaciones de las colinas de Hollywood. Era un nido confortable lleno de libros, de divanes, almohadones y muebles alegres. Había plantas naturales de grandes hojas verdes esparcidas aquí y allá.

—Es mi refugio, Mike —explicó cuando hubo cerrado la puerta, mirándome fijamente—. A menudo necesito un poco de tranquilidad en este manicomio colosal, contagiado de la locura de las prisas.

Ella pareció adivinar mis ideas respecto a lo que me sugerís ese refugio, y añadió:

—Usted es el primer hombre que pasa esa puerta.

—¿Debo considerarlo como un privilegio?

—¿Por qué se empeña en mostrarse desagradable? —me espetó, sin titubeos.

Me encogí de hombros.

—Quizá perdí el sentido del humor en el penal.

—Si espera que le compadezca por su encierro, olvídelo. Se complace en compadecerse a sí mismo, o quizá en provocar la compasión de los demás. Es hora de que se enfrente con las realidades, dejando atrás su equipaje de amargura:

—Creo que se equivoca. A mí no me importa lo que los demás piensen de mí. Y si alguien me compadece, puede irse al mismísimo infierno. No necesito compasión alguna.

Eso no le gustó. Tal vez la desconcerté, pero el caso es que cerró la boca durante todo el tiempo que empleó en preparar unas bebidas.

Cuando me hubo entregado la mía, preguntó, yendo directamente al grano:

—¿Qué ha averiguado usted de ese hombre, Mike?

—No mucho. Espero saber más cuando trabaje para él.

—¿Lo ha conseguido, después de todo?

—Sí.

—¿Cree ahora lo que le dije, que Dan fue asesinado?

—Pudo serlo. Casi estoy dispuesto a creer que le mataron. Pero hasta ahora, nada señala a su candidato.

—No es «mi candidato» —protestó—. Sólo que pensé en él a causa del lugar que ocupa.

—Está bien, demos por sentado que Tisdale es el mayor beneficiado con la muerte de Dan Keyes. En realidad, muerto Dan, él supervisa la totalidad de los negocios de la Corporación. Sin embargo, nada le señala como culpable.

—Pero usted me dijo que Dan iba a recibir noticias muy graves el día que murió.

—Efectivamente; me indicó que aquella tarde alguien iba a proporcionarle informes importantes, muy graves, en relación con las anomalías que él había observado en su negocio. Pero no tenemos la más ligera idea de cuales fueron esas noticias.

Permaneció muda unos instantes, dándole vueltas a sus ideas y reafirmandose más y más en sus sospechas.

—Tisdale es el hombre —sentenció—. Quizá no lo mató personalmente, entiéndame, pero pudo ordenar a alguien que lo hiciera. ¿No le parece?

Me encogí de hombros.

—Tiene una coartada a prueba de bomba —dije a regañadientes—. La policía la comprobó sin la menor duda. Por otra parte, después de conocer a Tisdale, no puedo verlo como asesino. Creo que si tuviera que disparar contra alguien, se desmayaría.

—No saque conclusiones precipitadas, Mike.

—No son conclusiones precipitadas, son hechos. De todos modos hay muchos puntos a considerar. Tisdale puede haber instigado el asesinato, y podemos creerlo así, dado que no tenemos otro sospechoso a mano, y contando con el hecho de que se beneficia enormemente de la muerte de su socio. Ahora bien, no sabemos nada de los otros posibles enemigos de Dan. ¿Qué puede decirme usted al respecto, ya que le trató durante esos años que yo estuve en prisión y, por lo tanto sin saber nada de él?

—Nunca he sabido de ningún enemigo de Danny —musitó,

pensativa—. Era un muchacho abierto, franco y jovial. Si tenía enemigos, serían estrictamente hombres de negocios como él, y éstos no resuelven sus rivalidades a tiros.

—Entonces, seguiremos ocupándonos de Tisdale —refunfuñé.

Ella no replicó. Siguió mirándome con tanto interés como si tratara de descubrir ocultas cicatrices que mi pasado hubiera dejado estampadas en mi piel.

De repente, me espetó:

—Mike, ¿qué piensa usted hacer si Tisdale resulta ser el asesino de Danny?

—Le confieso que no lo he pensado siquiera. Decidiré cuando lo tenga entre mis manos. Si los policías de esta ciudad son como algunos que he conocido, no me seduce la idea de darles el trabajo hecho.

—¿Qué quiere decir con eso?

Me encogí de hombros.

—Estoy habituado a resolver mis asuntos sin ayuda ajena —dije, de mal talante, porque el interrogatorio empezaba a fastidiarme—. Nunca he necesitado a nadie para...

—¡Cállese!

—Usted preguntó.

—¡Está loco! ¿Cómo puede pensar en esa monstruosidad?

—Olvídelo, no sacamos nada discutiendo, nena.

—¿Qué clase de hombre es usted, Mike? Habla de tomarse la justicia por su mano en un caso de esta naturaleza. Un caso en el que la sentencia sólo puede ser de muerte...

—Justamente.

—¿Sería usted capaz...?

—Le he dicho que lo olvide. Resolveremos sobre la Marcha, pero le repito que el hombre que mató a Dan pagará su crimen de un modo o de otro.

—Estoy segura de que lo pagará, pero bajo el peso de la ley. Nadie puede eludir el castigo de un delito de sangre.

—¿De dónde sale usted ahora, primor? Éste es un país que pregona a bombo y platillos la libertad, la democracia y la justicia. Nos empeñamos en imponerlas a los demás, según nuestro propio molde... y le aseguro que no les hacemos ningún favor. Políticos y policías brutales y corrompidos, sindicatos criminales que forman

un gobierno dentro de otro gobierno... ¿Y dice usted que nadie puede escapar a la justicia? No sea ingenua, Marjory Ann. Tiene, mucho que aprender todavía.

Su mirada cargada de reproches me atravesó.

—¿Está usted tan amargado que no puede creer que seamos buenos y decentes?

—La experiencia me ha demostrado que sólo existe una pequeña minoría de gente honesta y decente. Soy incapaz de mirar al mundo con ojos bondadosos, prefiero verlo tal como es y así no me llamo a engaño cuando me muestra su cara sucia y fea.

—Es usted odioso, Mike.

—Bueno, no voy a discutirse. Y ahora quizá quiera cambiar de tema, primor, ¿sí?

Esbozó un gesto de impaciencia y contrariedad. Pero comprendió que llevaba un camino equivocado para tratar conmigo y se rindió.

—Está bien, sé que es inútil tratar de hacerle comprender su error. Volvamos al tema que nos interesa, el asesino de Dan.

—Ciertamente, ése es el tema que más urge. Para empezar, me gustaría saber qué razones tuvo usted para sospechar de un asesinato en lo que tenía todas las trazas de un suicidio.

Suspiró, resignada. Luego, cuando habló de nuevo, su voz estaba cargada de pasión mal contenida:

—Hace algunos días, Dan me contó algunas cosas sobre el delito organizado en nuestra ciudad. Recuerdo que dije que los *gangsters* se habían instalado aquí como en terreno conquistado.

—¿Qué relación tiene eso con su muerte?

—Espere... El aseguró que algunos gerifaltes del crimen organizado estaban apoderándose de empresas legales para encubrir sus auténticos negocios fraudulentos...

—¿Y...?

—Le amenazaron.

—¿A Dan?

Asintió con un gesto. Eso ofrecía infinitas posibilidades. Me pregunté por qué Dan no me contó nada de eso, pero recordé que pocas oportunidades tuvimos de hablar a fondo él y yo. Y esa amenaza de que ahora me hablaba la muchacha encajaba perfectamente con el atentado de que fui víctima cuando me

confundieron con él, a causa del coche.

—Siga —la insté, impaciente.

—Al principio no lo tomó en serio; sólo fue una llamada telefónica, en la que le aconsejaron vender su parte de una empresa de la Corporación. Naturalmente, Danny los mandó al diablo, según aseguró.

—¿Y luego?

—Al día siguiente recibió una visita. No me dijo quién era, pero él sospechaba que el nombre del visitante era falso. Era un individuo culto y escurridizo, que se le presentó en nombre de alguien importante... y repitió la oferta. Una suma ridícula por la empresa que querían adquirir. Cuando él se negó, le dijo que lo pensara dos veces porque la gente a la que representaba no admitían negativas.

—Una amenaza clara. Supongo que él siguió negándose a vender. ¿Sabe cuál de sus empresas querían?

Sacudió la cabeza con desaliento.

—No me lo dijo.

—Quizá Tisdale lo sepa —mascullé—. Aunque si él intervino de algún modo en la muerte de Dan, no querrá hablar.

—Debe haber algún modo de obligarle a confesar.

—Seguro que lo hay. Sólo es preciso que yo pueda cazarlo durante media hora en un lugar solitario y dirá todo cuanto lleve en el buche. ¿Es ése el sistema que usted sugiere?

Pensé que iba a abofetearme. Sus ojos relampaguearon. Llenos de indignación. Luego, se calmó y esbozó una sonrisa.

—Jamás le sugeriría nada semejante —dijo. Pero reconozco que si estuviera asociada con usted durante algún tiempo, acabaría sustentando sus mismas disolventes ideas, Mike.

—Eso me consuela —dije, y casi sin transición le pregunté suavemente—. ¿Le quería usted mucho?

—¿Yo? —exclamó—. ¿A quién?

—A Dan, naturalmente.

Su expresión semejó la de una persona que contempla por primera vez a un demente amarrado por una camisa de fuerza.

Se echó a reír y me espetó:

—Pero ¡qué tonto es usted, Mike!

—Bueno, teniendo en cuenta su actitud ante el hecho de la

muerte de Danny, lo he pensado. Sólo una mujer enamorada está dispuesta a luchar para vengar a un hombre.

—O al mejor amigo que ha tenido nunca —rectificó—. Podría enamorarme de usted y mi reacción sería la misma. ¿Qué opinaría entonces?

—Que estaba loca de remate. No soy un buen candidato para la vicaría. Pero eso no es lo que estábamos hablando.

—¡Oh, sí que lo es! Usted parece incapaz de comprender la amistad sincera y desinteresada entre un hombre y una mujer. Para usted no existen más que los instintos y deseos, ¿no es así?

—Bien, creo en la amistad, por supuesto. Pero esa amistad, entre un hombre y una, mujer jóvenes, fuertes y sanos, tarde o temprano acaba degenerando en otra cosa.

Dejó de sonreír de golpe y se levantó. Dio unos pasos de un lugar a otro. Sin mirarme, murmura.

—Eso depende siempre del hombre. Y he llegado a odiarlos...

—¿Por qué?

—He tenido algunas experiencias y desengaños muy amargos, Mike.

Quizá para prolongar el instante de volverse se acercó al bar y preparó dos bebidas más. Estuve mirándola todo el tiempo, apreciando la sugestiva perfección de su figura, la turbadora sensación que inspiraba, obligándome a dudar de mí mismo y de mis posibilidades.

Pero lo cierto era que no había podido apartarla de mi pensamiento, desde la noche en que la conocí.

Regresó al diván con los vasos en las manos. Tomé uno y lo saboreé en silencio, esperando.

Y ella dijo con voz contenida:

—Dan me apreciaba profundamente y yo a él. Nunca trató de propasarse conmigo ni de hacerme proposiciones. Fue un auténtico amigo. Y yo sabía que mantenía relaciones íntimas con otras mujeres. Eso era lo desconcertante en él, su sentido de la lealtad para conmigo y con nuestra amistad.

—Sabía que era un muchacho extraño —dije—, pero nunca sospeché que lo fuera hasta ese extremo. No se puede permanecer mucho tiempo al lado de usted, sin que los sentimientos deriven hacia otros derroteros, cae nada tienen que ver con la amistad.

Me miró acusadoramente. Sostuve su mirada, preguntándome si detrás de su fachada serena y segura habría algo más factible de derivar en una pasión real y dominante.

—Usted es un hombre distinto, Mike —me espetó—. Quizá a causa de la amargura que le domina, o por experiencias que ha vivido a lo largo de años, pero no se parece en nada a Dan, en cuanto a carácter.

—Eso no es ninguna novedad.

—En el lugar de Dan, usted hubiera obrado de modo muy distinto.

—Eso puede jurarlo.

Esbozó una mueca y murmuró:

—El hombre experimentado, ¿no es cierto? Cree saber todas las respuestas.

—Bueno, digamos que conozco algunas poco edificantes y que no le gustarían a usted, Marjory. Y es preferible que cambiemos de tema si no le importa.

—¿Por qué, teme hablar de estas cosas conmigo?

—Temo que yo no pueda sostener el mismo papel pasivo mucho tiempo más.

—¿Pretende asustarme?

Se echó a reír, segura de sí misma y de su posición, quizá.

—Mire, es usted una muchacha adorable, bella y sugestiva. Una mujer como no he conocido otra en todos los años de mi vida. No me pida que le contemple como si fuera mi tía solterona, ¿entiende? La veo tal cual es, le guste o no.

—¿Y qué con eso?

Respiró hondo, casi empecé a contar hasta cien para vencer el impulso que me empujaba hacia ella irremisiblemente, olvidado del verdadero objetivo de mi presencia en aquel apartamento acogedor y perfumado.

No obstante, ella seguía sosteniendo mi mirada, desafiándome casi con su actitud. Y un hombre necesita mucho menos para dar el paso que separa la cordura de la demencia.

Y yo di ese paso, aún a sabiendas de que me exponía a perderlo todo de un solo golpe.

La sujete por los brazos y la atraje hacia mí. Sus ojos eran dos simas de misterio tan profundas como un abismo. No supe que

estaba pensando ni cuál iba a ser su reacción.

No obstante, busqué sus labios. Representó mucho para mí aquel estallido en mis labios.

No supe al principio, qué representaba en los suyos, por cuánto los mantuvo apretados obstinadamente, rígida y fría como un témpano.

Apenas oí su voz cuando musitó:

—¿Por qué lo ha hecho, Mike?

—Porque me gustas, y porque tus labios estaban demasiado cerca de los míos. Y porque durante años de soledad y nostalgia soñé con una mujer como tú, idealizándola, creándola en mi imaginación noche tras noche. Y ahora que te he encontrado, he querido probar si eras realmente mi ensueño.

—¿Eso es todo?

—Digamos que también lo he hecho porque pensé que necesitabas un poco de experiencia.

Sus brazos enlazados en mi nuca presionaron con dureza, como si quisiera colgarse de mí materialmente. Sonrió y todo su rostro fue una aureola de luz.

—¿Recuerdas que te he dicho que eras el primer hombre que entraba en este apartamento?

—Ajá.

—Era cierto. Sin embargo, aquí, sola, soñé muchas veces en un hombre como tú, imaginando lo que sentiría al vivir una situación como esta...

—Ahora no necesitas imaginarlo.

—No, ahora, no... Ahora ya sé que los sueños pueden convertirse fácilmente en realidad.

—Los tuyos y los míos, pequeña...

Y fueron una realidad, sin la menor duda.

CAPÍTULO IX

Encontré a Paul en el diminuto despacho del *cabaret* de su propiedad.

Paul aproximó una botella y vasos cuando me instalé ante él. Escanció dos generosas dosis de *whisky* de primera calidad y brindamos en silencio.

Luego dijo:

—Me alegro de verte. Corren algunos rumores respecto a ti que me preocupan, Mike.

—¿Qué clase de rumores?

—Bueno, parece que alguien quiere emplearte para un trabajo rudo, fiándose de tu pasado.

—¿Sabes quién es ese alguien?

—No, pero lo sabré si pongo verdadero interés es averiguarlo.

—Entonces, olvídalo. Ése es un trabajo que no me satisface.

—No obstante, no me negarás que tu otro empleo sí debe interesarte, ya que fue el propio Dan quien te lo preparó.

—¿También has averiguado eso?

—Hay ojos y oídos en todas partes de esta ciudad, Mike —dijo riéndose abiertamente—. Un empleo como hay pocos, precisamente en la empresa que querían escamotearle.

Pegué un salto.

—Repítelo —exclamé.

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que la empresa que querían arrebatarse era justamente ésa en que voy a trabajar?

—El mismo me lo dijo.

—De manera que es cierto... ¿Te dijo quién trataba de estafarle descaradamente?

Sacudió la cabeza.

—Lo dejó entrever; luego, lo he sabido por otras fuentes. No

obstante, Dan pensaba que había alguien dentro de la propia Corporación que estaba en contacto con los gerifaltes del vicio y el crimen. Necesitaban un negocio acreditado, de gran volumen, para encubrir otros chanchullos sucios de los que explotan.

—Al grano, Paul —le ataje, impaciente—. ¿Quién estaba detrás de las amenazas?

Titubeó visiblemente y murmuró:

—Creo que no debería decírtelo, Mike.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no?

—Eres demasiado impulsivo y violento. No quisiera que a causa de mis confidencias, te sucediera nada.

—Sé guardarme solo, Paul, y tú lo sabes. Suéltalo de una vez.

—Si alguien sabía que he hablado de eso, Mike, mi establecimiento no valdría un centavo. Lo volarían cualquier noche.

—Nadie lo sabrá. ¿Quién...?

Suspiró resignadamente. Pensé que ya estaba arrepentido de haber hablado más de la cuenta.

Al fin dijo a regañadientes:

—Se trata de un fulano poderoso, Mike. Influyente, incluso en las altas esferas políticas...

—¿Lo dirás de una vez?

—Sí, claro que lo diré... Se hace llamar «El Gran Maxie».

Quedé mudo de estupor. Aquello superaba cuanto hubiera podido imaginar.

—De modo que Johnny Maxie, ¿eh? —dije con voz sorda.

—Así es. ¿Has oído hablar de él?

—Un poco... ¿Estás seguro de que ése es el tipo? Asintió con un gesto.

Pero dijo, preocupado:

—Ahora, no cometas la soberana estupidez de creer que puedes enfrentarte a Maxie... Es tan poderoso como el gobernador, y además carece de escrúpulos. Se cuentan historias escalofriantes respecto a él, claro que se cuentan en voz baja, tú comprendes.

—Tal vez llegue el día que se cuenten en voz alta, añadiéndoles, el final del «Gran Maxie».

Me levanté y me despedí de Paul, seguro de que Dan había sido asesinado. Y si conseguía la más ligera prueba de ello, el hombre que deseaba emplearme de guardaespaldas dejaría de capitanear el

crimen definitivamente.

Al anochecer, me encaminé a casa de Ronnie. La muchacha era un peón de gran importancia en aquel juego, y yo deseaba tenerla vigilada.

Pero resultaba muy difícil vigilar aquel huracán desenfrenado, un huracán de ambiciones, de pasión violenta y arrolladora, que no admitía barreras. Tan sólo abrir la puerta y cerrarla detrás de mí, resultó lo mismo que si hubiera caído en el centro de un tornado desencadenado con toda la furia del infierno.

Luego, me arrastró al interior, y ya no hubo manera de capear el temporal, porque no se puede luchar contra una tormenta de besos.

Por otra parte, yo no deseaba luchar.

Cuando la suave palma substituyó al huracán, empezamos a hablar.

Pasé la mayor parte del día siguiente dando vueltas de un lado para otro, haciendo preguntas aquí y allá, tratando de captar cualquier rumor que hiciera referencia al intento de despojar a Dan de su negocio.

Frecuenté los lugares que era factible suponer enterados de estas cosas. Incluso, usurpando el nombre de las empresas de mi difunto amigo, logré colarme en los estudios, donde el personal afecto a la Corporación realizaba los preparativos para la próxima super producción, en la que yo ya debería tomar parte para fiscalizar los gastos.

No saqué nada en claro. Era como si un velo de silencio hubiera caído sobre aquel asunto. O tal vez fuera que nadie sabía nada, y si sospechaban, se guardaban muy bien de dejarlo entrever siquiera.

De modo que a primeras horas de la noche llegue al hotel y me dejé caer sobre la cama, cansado y fastidiado de tantas millas recorridas inútilmente.

Entonces sonó el teléfono y la voz de Eddie Coulon llegó hasta mí, clara y disgustada:

—¿Duryea? —Gruñó—. He tratado de localizarle un millón de veces durante el día.

—Estuve reconociendo la ciudad. ¿Qué pasa?

—«El» ha llegado. Quiere verle, Mike. Ahora.

—Está bien, ¿dónde?

—Estamos en la residencia de míster Maxie; Flourie Drive, siete

dos siete. Dese prisa.

Colgué y a continuación intenté comunicar con Ronnie. Fue inútil, la muchacha no estaba en su domicilio.

De modo que cacé un taxi y emprendí el camino que había de llevarme hasta el hombre que debía matar... según la idea de Ronnie.

Pero al que mataría sin necesidad de instigación de ninguna clase, si era realmente él quien había planeado el asesinato de Dan para quedarse con aquella colosal empresa que parecía ambicionar.

El «Gran Maxie» me esperaba sentado detrás de una mesa, con el mismo empaque con que en rey ocuparía su trono.

Me quedé frío al verte, porque era totalmente opuesto al tipo que yo había imaginado. La primera impresión que producía era la de un tendero retirado y satisfecho de vivir. Gordo y fofo, de mirada brillante y astuta, semejava un gran Buda mucho más bondadosa que el original.

En nada sugería su presencia al jefe de una pandilla de desalmados que estaban extendiendo su poder y sus redes por todo el Oeste del país.

Me estudió con el mismo interés que un aficionado estudiaría su caballo predilecto. Pareció bastante satisfecho, e incluso me concedió el favor de una sonrisa.

—De modo —barbotó—, que tú eres Mike Duryea.

—Así me llaman, ciertamente.

—Eddie habló muy bien de ti.

—¿Y qué opina usted?

—Creo que no se equivocó.

—Muy bien. ¿Cuándo empieza mi trabajo?

—De inmediato, naturalmente.

Suspiré. La cosa estaba en marcha.

Entonces preguntó:

—¿Llevas armas?

—En mi situación, un hombre no puede ir armado y usted lo sabe. Si los «polizontes» me sorprendieran con la artillería encima, me mandarían a la penitenciaría en un vuelo sin escalas.

—Ajá. Entonces, creo que deberemos arreglar eso... conseguir una licencia y todo lo demás. Podemos hacerlo, por supuesto.

—No me cabe la menor duda.

—Vamos a ver —rezongó, mirándome con ojos burlones—. ¿Qué clase de arma prefieres?

—Grande, por supuesto. Una pistola de gran calibre es segura en todas las circunstancias.

Abrió un cajón de la gran mesa, y sacó una automática «Colt» del 45. La hizo saltar en la palma de la mano y runruneó:

—¿Qué te parece este cañón, Duryea?

Algo en el tono de su voz me chocó. Era irónica, burlona, como si estuviera divirtiéndose en grande.

—Es magnífica —dije—. Un arma segura y equilibrada.

—Ni más ni menos...

Hizo saltar el cargador. Vi que estaba vacío, y él comenzó a llenarlo con cartuchos nuevos, que sacaba de una caja. Uno a uno, fue introduciéndolos en el cargador hasta que estuvo lleno.

—Solicitaré una licencia —explicó, mientras introducía el cargador en la culata—. Yo consigo todo cuanto se me antoja... todo, sea lo que sea...

Hizo deslizarse el cierre, y metió una bala en la recámara. La pistola quedó montada, sin seguro. O el tipo era un insensato o un estúpido.

Entonces, movió la mano y la boca de la automática me apuntó directamente a la cara. El agujero se me antoja tan grande como un túnel.

—Sólo que para matarte no necesito ninguna licencia, hijo de perra —me espetó con la misma calma con que había hablado hasta entonces.

Por poco no me caí de espaldas.

CAPÍTULO X

—¿Qué demonios le pasa? —exclamé con voz insegura—. ¿Se ha vuelto loco, o es una nueva clase de juego?

—Acertaste, Duryea —rió—. Es un juego, el juego de la muerte.

Ladeé la cabeza y contemplé al impávido y silencioso Eddie Coulon. El bastardo contemplaba la escena, tan impasible como si viera un programa de televisión.

—¿Has perdido la razón o qué? —le espeté.

—Tú sabrás, muchacho...

—¡Maldita sea tu estampa! No sé nada de todo esto.

—¿De veras, Duryea?

Hizo una seña a Eddie, y éste se acercó a la puerta. Cuando volvió lo hizo en compañía de un individuo delgado, de ojos pálidos e inexpressivos. Su rostro era una máscara inquietante de maldad y depravación.

El «Gran Maxie» me señaló.

—Díselo tú —gruñó.

—Ése es el tipo que visitó muchas veces a Ronnie, patrón. Le vi entrar en el apartamento de ella, y la última vez estuvo allí casi toda la noche.

Maxie me miraba con la fijeza de una serpiente.

—¿Qué tienes que decir a eso, Duryea? —barbotó.

—¿Qué espera que le diga? Ronnie es mayor de edad, creo yo. Puede tener relaciones con quien quiera.

—Seguro, seguro; es mayor de edad... y además tiene brillantes ideas, a veces.

Me estremecí, porque aquella frase encerraba todo un mundo de peligrosa maldad.

—¿Qué es lo que tiene en su podrido cerebro, Maxie? —dije con forzada calma.

—Muchas cosas, condenado traidor. Hice algunas averiguaciones

respecto a ti. No iba a confiar mi seguridad a cualquiera, por supuesto. Y una de las cosas que averigüé fue que habías aceptado un empleo en una empresa de tu difunto amigo Keyes... un empleo a ocupar dentro de cinco o seis días. Y eso equivale a reconocer que piensas estar solo esos días a mi servicio. Me pregunto para qué deseas permanecer a mi lado ese corto tiempo, Duryea. ¿Tienes una respuesta satisfactoria?

Pensé velozmente. Por lo visto, era del dominio público que yo iba a trabajar en la Corporación de Keyes. Alguien había demostrado mucho interés en divulgarlo y eso me daba escalofríos.

Sólo que antes que pudiera llegar a conclusión alguna, me propinó otro mazazo, siempre apuntándome con la maldita pistola.

—Me proponía jugar un poco más contigo, desgraciado —dijo, como si dejar de hacerlo significara algo muy amargo—, pero me he convencido de que careces del sentido del humor. Para desvanecer todas tus dudas, te diré que Ronnie ha cantado de plano.

Bien, ahí estaba. De nuevo una mujer me colocaba en un aprieto de todos los demonios.

—No sé qué le ha contado la muchacha, pero si ha hablado bajo sus amenazas, de poco le servirá lo que haya dicho.

—¡Ya lo creo que me sirve! Por el momento, me ha permitido librarme de ti y de la amenaza que hubieras representado.

—Tonterías. ¿Qué le confesó esa loca?

—Casi nada... Ella y tú planeando mi muerte. Todo el negocio pasaría a vuestras manos tan fáciles como quitarle la bolsa a un ciego. ¿No es cierto? Todo bien planeado, y, para colmo, tú colocado de modo permanente a mi lado.

—¿Todo eso le contó?

—Y algunas cosas más. Cuando yo arranco una confesión, puedes estar seguro de que ésta es verídica en todos sus extremos, de modo que no trates de negarlo.

Miré de soslayo al pistolero que había entrado el último. Estaba detrás de mí, atento y vigilante. Eddie Coulon permanecía cerca de la puerta, un observador aburrido al parecer, pero su mano derecha estaba hundida en un abultado bolsillo.

De manera que no había escapatoria. Nunca podría vencerles a los tres, sin que alguno de ellos pudiera llenarme de plomo.

—Está bien, bastardo —le espeté—. Ella me propuso el plan. No

acepté a pesar de su insistencia, sólo traté de ganar tiempo para obligarla a desistir. Ahora comprendo que me equivoqué, porque si las circunstancias volviesen a repetirse, aceptaría matarle sin titubear. Es usted la babosa más repugnante que haya conocido Jamás.

Su rostro enrojeció violentamente. Yo lamentaba una sola cosa: morir sin haber podido vengar a Dan. Y quizá al pensar en eso, se me ocurrió decirle sin rodeos:

—Hay algo más, hijo de perra; ahora sé que me habría gustado matarle, aunque no hubiera existido Ronnie ni su loca proposición. Usted mandó asesinar a Dan Keyes para arrebatarme una de sus empresas. No tiene suficiente dominando la mayoría del vicio en toda la costa, ni estafando a los incautos con sus casas de juego. Necesitaba un gran negocio legal, ya montado...

—¿Quién es ahora el que se ha vuelto loco? —estalló manoteando con la pistola.

Me levanté, como impulsado por un resorte. Al instante, el pistolero que había a mis espaldas me golpeó ferozmente con un revólver, y volví a caer sentado aturdido y rabioso.

—Desvarías, Duryea —rió—. No sé una palabra de este asunto. Y no mande liquidar a ese Keyes. Ni siquiera le conocía. Cuando yo quiero apoderarme de un negocio, te aseguro que no fallo nunca.

—¿Pretende que le crea?

—Es la verdad desnuda. Y no tengo por qué mentirte, desgraciado... porque vas a morir, de modo que no estarás en condiciones de repetirle a nadie lo que yo te diga. No obstante, te repito que no sé una palabra de este lío de Keyes y su negocio.

No dudé que decía la verdad. Y si esto era así, ya sólo quedaba una posibilidad, aunque ya fuera demasiado tarde para intentar esclarecerla.

Eddie intervino por primera vez.

—Cuidado, Maxie —dijo—. No puedes «despacharlo» aquí y ahora. ¿Cómo íbamos a sacarlo con los pies por delante?

El pistolero sugirió:

—Podríamos enterrarlo en el jardín, patrón. Hay sitio de sobra. Maxie sacudió la cabeza.

—No; tú y Harry le sacaréis de «paseo», en compañía de la chica.

—¿Qué han hecho con ella, Maxie? —salté.

—Darle lo que se merecía. De todos modos, podrás verlo por ti mismo. Llévalo abajo, Max.

El pistolero me empujó hacia la puerta. Antes de que saliera, el gordo dijo como despedida:

—Te veré cuando sea hora de sacarte, Duryea.

Temí que al conducirme al sótano el pistolero quisiera registrarme, pero no lo hizo. Estaban seguros de que yo no llevaba arma alguna, debido a mi situación.

Con un poco de suerte, les sacaré de su error.

Llegamos al sótano, grande, y en el que había las apagadas calderas del agua caliente y la calefacción.

Siempre vigilándome, el pistolero abrió una puerta y señaló el interior, en el que brillaba una débil luz.

—Tu habitación, compadre —cacareó—. Encontrarás incluso compañía.

Entré, y él cerró a mi espalda.

Ronnie estaba allí, tumbada sobre un camastro.

Sólo que había cambiado mucho.

—¡Dios santo! —jadeé—. ¿Qué te hicieron?

No respondió de momento. La habían golpeado salvajemente, y su rostro estaba abotargado, hinchada y lleno de sangre seca. Sus ropas eran simples girones y en la piel de su cuerpo había claras señales de golpes.

Sentí como si la tierra temblara bajo mis pies.

Ella se levantó poco a poco, al reconocerme. Gimió, y logró sentarse en el catre.

—¡Mike...! —sollozó.

En un segundo estuve a su lado y la rodeé con mis brazos.

—Calma, linda... ¿Quiénes lo hicieron?

—Max... y Eddie...

—Los mataré, querida.

Sollozaba sin fuerzas. Me alegré de que no hubiera un espejo en la celda, porque si hubiera podido verse el rostro, habría enloquecido de espanto.

Entre sollozos, balbuceó:

—¡Van a matarnos, Mike... nos matarán...!

—Bien, todavía no lo han conseguido.

—¡Lo harán, Mike! Son unas bestias crueles y sanguinarias. No

vacilan ante nada... y han estado pegándome hasta derribarme... no quería decírselo... ¡Te juro que no quería decirlo! Pero no podía más... y volverán. Mike...

—Trata de olvidarlo. ¿Crees que podrás andar, si salimos de aquí?

—No... no puedo sostenerme de pie, Mike... mis pies...

—¿Qué le pasa a tus pies?

Entonces lo descubrí. Horrible.

Creo que maldije en voz alta, lleno de ira. Ella susurró:

—No quería decírselo, Mike... tú eras mi única esperanza... y no quería mezclarte, no quería que te hicieran nada... pero no pude soportarlo y hablé.

Estalló en llanto otra vez. La apreté contra mí, sintiendo que el infierno rugía en mi interior, empujándome a luchar y exterminar a toda la pandilla de desalmados rufianes que habían sido capaces de lacerar a la muchacha hasta aquel extremo.

—¡No quería decírselo...!

—¿Decirles qué?

Estalló en sollozos, y entre gemidos, musitó:

—¡No quería que supieran que te quería, Mike! Tú... habías sido bueno para mí... pero no pude resistirlo y hablé... lo dije todo...

De modo que había permitido que la torturasen hasta el límite de la locura para encubrirme. Lo que sentí en aquellos instantes fue algo desconocido para mí hasta entonces, algo profundo que me empujaba hacia la pobre muchacha, con deseos de ampararla y mitigar su dolor.

—Aún podemos largarnos de aquí, Ronnie —le dije en voz baja—. No desesperes y descansa, ¿entiendes? Necesitas descansar para cuando llegue el momento de la acción. Ahora no te sucederá nada porque estoy aquí, pequeña... te juro que nadie volverá a tocarte.

—Pero tú estás preso también... te matarán... nos matarán a los dos.

—Te juro que no lo harán.

Me miró entre las lágrimas. Su rostro deshecho era una máscara espeluznante.

Le sonreí en la semipenumbra. Cerró los ojos y se recostó en el camastro. La cubrí con una manta vieja y sucia.

Una oleada de ira parecía sacudirme a raudales. Ansiaba tener a

Max y a Eddie frente a mí para cobrarme con sus sucios pellejos la faena que habían hecho con la pobre muchacha que respiraba agitadamente a mi lado.

Saqué la pequeña automática del bolsillo interior y la trasladé al exterior de la chaqueta. Había sido una suerte que Johnny Maxie creyera mi afirmación de que no llevaba armas a causa de que, siendo un exrecluso en libertad vigilada, si me sorprendían armado volvería al penal por unos años más.

Ahora pagarían ese error con su cabeza.

Contemplé el rostro destrozado, atormentado de Ronnie. Un sentimiento de ternura me invadió. Si alguna duda hubiera tenido respecto a Max y Eddie, entonces se habría esfumado definitivamente.

Pasaron las horas, monótonas, tensas, terribles, en aquella espera al final de la cual sólo podía estar la muerte. Ronnie dormía, pero agitándose continuamente, a causa del dolor y las pesadillas. Gemía entre dientes y de vez en cuando movía su mano hasta encontrar la mía. Apretaba los dedos, y ese contacto le devolvía la calma.

Calculé que sería a la noche cuando nos sacarían para darnos el último y definitivo «paseo». Lo harían silenciosamente. Eddie había dejado entrever que no querían escándalo allí dentro. Eso estaba bien, pero si la suerte me ayudaba, organizaría suficiente escándalo para que toda la ciudad se pusiera en pie de guerra.

Tuve mucho tiempo de pensar durante aquellas horas interminables. No me cabía la menor duda de que Maxie había dicho la verdad, al hablar del asesinato de Dan. No tenía objeto que tratara de mentirme, cuando él estaba seguro de que yo iba a morir.

Y si él no había intervenido...

Si él no había intervenido, quizá Marjory Arme tuviera razón, y el responsable fuera Tisdale. Tisdale, para quedarse con toda la Corporación. Ahora me explicaba su amabilidad conmigo, sus deseos de cumplir los deseos de Dan respecto a mi empleo. ¿Qué mejor pantalla?

Seguí reflexionando más y más, atando cabos. Dan había desbaratado sus planes, al decirle que iba a colocar a un amigo en un puesto clave, con el fin de fiscalizar las anomalías que llevaba observando en la empresa, anomalías de las que Tisdale debía ser el

responsable.

De pronto, un rumor en la puerta obligó a Ronnie a dar un respingo, tratando de incorporarse.

Con un sollozo, gimió:

—¡Mike... ya vienen...!

—Silencio. No te muevas del lecho, pase lo que pase Tiéndete, y no digas ni una palabra.

Solté su mano y miré a Max, el larguirucho pistolero, quien con el revólver en la mano estaba en la puerta, mirándonos con evidente sarcasmo.

—Bueno, tórtolos, se acabó el idilio —dijo, riéndose—. Vamos a dar una vuelta por las afueras, en busca de un lugar más romántico que éste.

—¿Dónde está Eddie? —pregunté, sin moverme.

—Arriba.

—¿Y Johnny Maxie?

—Están juntos, bebiendo. Y esperando. Así que no perdamos más tiempo.

Yo sentía en mi mano la culata de la pistola. Habría podido matar al rufián en aquel instante, pero quería tener a los demás donde pudiera liquidarlos al mismo tiempo.

Por eso le espeté, sin titubeos:

—Un momento, bastardo. Ronnie no puede ni moverse. Diles a Maxie y Eddie que bajen. Quiero hablarles, antes de salir. Diles que si se niegan tendrás que disparar aquí dentro, con las consiguientes complicaciones, y no creo que a ellos les interese el escándalo. Si bajan, yo mismo llevaré a Ronnie en brazos. Tero quiero establecer una condición.

—¿Condiciones tú? —estalló en una carcajada—. ¿Crees que estás en situación de dictar condiciones?

—Estoy seguro.

Dejó de reír, preocupado. La inteligencia, para aquel tipo, debía ser sólo una palabra en el diccionario.

—Está bien —refunfuñó al final—. Pero si piensas escapar de lo que te espera estás loco.

—No voy a escapar. ¿Cómo podría hacerlo, con todos vosotros alrededor?

Cerró otra vez la puerta y desapareció. Ronnie me aferró la

mano, pero me solté rápidamente porque necesitaba libertad de movimientos en todo instante.

—Calma, pequeña —murmuré, acariciándole el cabello rígido por la sangre seca—. Voy a intentar acabar con todos ellos y sacarte de aquí. Te llevare a una clínica, y todo irá bien. Pero no grites, pase lo que pase, y sobre todo no te muevas. ¿Entendido, linda?

—Sí, Mike... lo que tú quieras. Pero si nos matan, quiero que sepas que te quise... como nunca amé a hombre alguno. Contigo, todo fue distinto.

—Lo sé.

Aguarde, tenso como un cable. Y escuché con todos los sentidos aguzados, esperando, anhelando lo que se avecinaba. Porque entonces deseaba la violencia porque con ella vendría la libertad y la vida.

O la muerte para la muchacha y para mí.

Al fin, escuché los pasos que se acercaban. Y eran los pasos de varios hombres.

Bien, el instante supremo había llegado. Levantándome, me aparté del lecho para no exponer a Ronnie, cuando las balas comenzaran a trazar sus caminos de muerte.

Ella me miraba con los ojos inundados de lágrimas. Pareció transmitirme un mensaje de esperanza. Y también de terror.

CAPÍTULO XI

Bueno, allí estaban. El «Gran Maxie» y Eddie Coulon, los criminales que habían destrozado a Ronnie. Los dos bastardos que se proponían asesinarlos esa noche.

Más atrás, Max parecía disgustado por aquel retraso en la matanza.

—¿Qué tontería se te ha ocurrido ahora, Duryea? —Gruñó Maxie.

—Tenía algo que decirle aún, Maxie —me expresé con calma—. Algo que antes se me olvidó.

—Está bien, desgraciado, apresúrate, ya estamos perdiendo mucho tiempo. Y voy a decirte algo yo también.

Rió, mirando hacia el camastro donde la muchacha temblaba.

El añadió:

—He accedido a bajar para evitar tumultos aquí dentro, si es posible, pero si tu llamada no ha sido más que una estratagema para ganar tiempo, obligare a tu romántica enamorada a andar sobre sus pies hasta el coche. Y tú lo contemplarás.

—Sé que serías capaz —repliqué—, pero no quiero hacerte perder tiempo... ningún tiempo, porque cada segundo te acerca más a la muerte.

—Estás loco. ¿Quién crees que va a morir?

No respondí. Aquélla era una pregunta que sólo admitía una clase de réplica. De modo que salté a un lado, apretando el gatillo al mismo tiempo.

El ladrido de mi pequeña automática sonó como el estampido de un cañón, en aquel reducido espacio Maxie se dobló, con una expresión de estupor infinito en su rostro de luna llena.

Max disparó su revólver desde el lugar que ocupaba. La bala me dio en alguna parte, tirándome de espaldas.

Rodé sobre mí mismo, mientras una sensación de fuego al rojo

vivo se extendía por todo mi cuerpo.

Johnny Maxie golpeo el suelo de cara. Se agitaba violentamente. Max disparó de, nuevo y esta vez falló. Al instante desapareció de mi vista, mientras Eddie retrocedía a trompicones, aullando órdenes a su pistolero.

Le cacé de lleno con dos balas seguidas que le tiraron de bruces. Se revolvió en el suelo, gritando como una bestia. Su mirada desorbitada me vio cuando le apuntaba, y los ojos casi saltaron fuera de sus órbitas. Le metí una bala entre ceja y ceja y el granuja acabó de preocuparse por lo que le sucedía.

El «Gran Maxie» barbotó una súplica, aunque no supe a quién podía dirigirla. Encajé las mandíbulas, lleno de ira.

—¡Maxie! —grité.

Ladeó la cabeza y me vio. No estaba muy lejos de mí y los dos estábamos al mismo nivel, a ras del suelo. Le mostré la pistola y creí que se desmayaba.

—¡Ya sólo serás «grande» en el infierno, perro! —grité con los dientes apretados a causa del dolor que me vencía.

Le volé la cabeza y su cara de luna se desmenuzó entre salpicaduras de sangre y huesos astillados.

Entonces me levanté como pude y, apoyándome en la pared, me acerqué a la puerta, tratando de cazar a Max, estuviera donde estuviera.

Su revólver rugió desde la escalera. La bala arrancó un trozo de estuco, muy cerca de mi cara, y retrocedí.

Ronnie comenzó a chillar en aquel preciso instante barbotando mi nombre a trompicones. No dije nada dejando que su histeria diera rienda suelta al terror.

Pero mi silencio y los chillidos de la muchacha confundieron al pistolero. Seguramente creyó que me había alcanzado con su disparo y que la muchacha gritaba justamente porque me había visto caer. Oí cómo se acercaba con ciertas precauciones. Esperé, rogando para que Ronnie no lo echase todo a perder en el último segundo.

Apareció con el revólver por delante. Le metí un proyectil en la barriga y se dobló. Con un espasmo nervioso apretó el gatillo del revólver, pero la bala dio en el suelo, casi en sus propios pies.

Apreté otra vez el gatillo y el impacto dio en su pecho,

echándolo para atrás encogido sobre sí mismo girando locamente.

Traté de rematarlo, pero el percutor pegó en vacío. Arrojé la pequeña pistola que tan buen servicio acababa de prestarme, y salí de la celda.

Max se estremecía, tumbado de espaldas. Sus ojos eran cuentas de vidrio sin vida. Le pateé sin piedad, sólo por su «trabajo» realizado sobre el cuerpo de la muchacha, y se quedó muy quieto. Ya no volvería a moverse nunca más.

Todo oscilaba a mi alrededor, incluso el suelo, que parecía ondular bajo mis pies.

Retrocedí como pude, mientras una laxitud extraña se apoderaba de mí. Sentía la sangre huir de mi cuerpo y ni siquiera sabía por dónde.

En aquel instante, una voz gritó desde las escaleras:

—¡Jefe! ¿Qué pasa ahí abajo?

Unos pies descendieron los escalones precavidamente. Mire a mi alrededor, pero el revólver de Max estaba demasiado lejos. Me dejé caer junto al cadáver de Eddie y tanteé sus bolsillos. No llevaba arma alguna.

Me arrastré desesperadamente hacia Maxie. Sentía que el mundo se desvanecía a mi alrededor. Mi costado era una llaga de dolor inmenso que lo anegaba todo.

Encontré la gran automática «Colt» en el bolsillo del gran jefe. Con ella en mi mano, rodeé los cuerpos y volví a entrar en la pequeña celda.

Ronnie susurró:

—¿Estás bien, querido?

—Sí... Escucha, hay otro en la escalera. Debe ser el último que queda en la casa. Voy a apagar la luz para sorprenderlo. ¿Entiendes?

—Sí, sí...

—Después podremos salir de aquí. Animo, pequeña mía.

La débil luz se apagó cuando cerré la llave. Una oscuridad densa como la tinta cayó sobre nosotros. Volví a salir al sótano, reptando entre los cadáveres. Ningún ruido podía llegar hasta allá abajo y la casa estaba tan silenciosa como una tumba.

En cierto modo, lo era.

Acurrucado cerca de la escalera, sintiendo el calor de la sangre

deslizándose a lo largo de mi cuerpo, esperé con los sentidos aguzados hasta un extremo doloroso.

El pistolero se había detenido en los escalones, cauteloso. El silencio debía intrigarle, pero sin duda había visto extinguirse la poca luz del sótano, y eso le preocupaba.

Pensé que no podría permanecer mucho tiempo allí, desangrándome, sacudido por el dolor. Si el tipo no descendía debería ir en su busca, y eso equivaldría casi a un suicidio.

De repente, oí de nuevo el roce de sus pies bajando escalón por escalón, precavidos y lentos.

Los ojos me escocían de mantenerlos fijos en el lugar donde sabía que estaba el inicio de las escaleras.

Cuando vi el leve movimiento en aquel punto, apenas pude dominar mi impaciencia, pero sabía que, si fallaba el primer disparo el fogonazo delataría mi posición, y yo no estaba en condiciones de moverme con la velocidad requerida, para huir de una bala.

El hombre no dijo una palabra. Agazapado, debió pensar que quien fuera que esperaba en la oscuridad se encontraba en la celda, puesto que en ella habían apagado la luz. Comenzó a, disparar apresuradamente en aquella dirección.

Fue el tiro más fácil de toda la noche. Apreté el gatillo con suavidad, guiado por los relámpagos de fuego de su pistola. La bronca voz de la automática del «45» retumbó, ahogando los ladridos de su arma.

El hombre dio un grito y un salto, todo a la vez. Luego, cayó de cabeza y rebotó en el suelo de piedra. Oí el golpe de su arma cuando la perdió. Luego, el silencio más absoluto.

Me levanté, tambaleándome. Debía volver junto a Ronnie y encender la luz para tranquilizarla.

Encontré el conmutador, y le di la vuelta. En el primer instante, creí que mi aturdimiento me gastaba una jugarreta. Ronnie no estaba en el camastro.

Me volví y la sangre se paralizó en mis venas.

La muchacha yacía atravesada sobre el cadáver de Maxie.

—¡Ronnie!

Abrió despacio los ojos. La tomé entre mis brazos, apoyando su cabeza en mi rodilla. Tenía un agujero en el pecho y la sangre escapaba de ella a borbotones.

—Mike... —jadeó sin fuerzas—, quería estar a tu lado... no podía soportar... la espera... y los pies... me dolían... era horrible...

—¡Muchacha! —exclamé, desesperado.

—Ahora estás... conmigo...

—¡Te sacaré de aquí, encontraremos un médico...!

Traté de levantarla en brazos, pero un desgarrón atroz en mi costado me venció y ambos rodamos por el suelo. Ella ni siquiera se quejó.

Sólo dijo:

—Es inútil, querido... siento... lamento perderte ahora... lo fuiste todo para mí...

—¡Saldremos, nena!

Pude ponerme de rodillas. Cuando conseguí erguirme, la cosa fue peor, pero era preciso pedir ayuda.

—¡No me dejes, Mike!

—Debo llamar por teléfono... un médico, nena... y una ambulancia...

—No... ¡No, Mike!

Me dejé caer junto a ella. Ya no me vio. Sólo balbuceó con una voz que apenas se oía:

—¡Bésame... tengo tanto miedo...!

La besé suavemente porque sus labios estaban rotos y tumefactos. Los sentí temblar bajo los míos. De pronto, se apartaron de mí, y su cabeza cayó a un lado, hundiéndose en un abismo y perdiéndose para siempre, porque era el abismo de la muerte.

Notando dolores de infierno en el costado, la deposité en el suelo con sumo cuidado.

Vacilando, conseguí levantarme. Allí quedaba la mujer que se había dejado destrozar para no delatarme.

La mujer que quiso salvarme de una muerte cierta, aún a costa de su propia vida.

No sé cómo logré llegar arriba y localizar un cuarto de baño. El chorro de agua fría me reanimó. Un rápido examen de la herida me convenció de que la bala me había atravesado el costado. Había una profunda desgarradura en el orificio de salida.

Un botiquín del «Gran Maxie» me proporcionó lo necesario para una cura de urgencia. Hice un vendaje chapucero, pero que me apretaba lo suficiente para contener la hemorragia. Tiré la camisa

porque estaba empapada en sangre, y la sustituí por otra que encontré en un armario. Me sobraba tela por todas partes.

Luego pensé en otra cosa, y recogí la mía. No podía dejar rastros detrás de mí, de modo que volví al sótano, andando como un viejo de cien años y localicé mi vacía pistola.

Cuando por fin abandoné aquella casa, va sólo me quedaba una cosa por hacer. Si las fuerzas me ayudaban, esa misma noche todo estaría terminado.

Y Tisdale, si era culpable, ejecutado también.

CAPÍTULO XII

Vivía como era de esperar en un hombre de su posición. Tenía un gran apartamento en uno de los edificios más lujoso de la ciudad, y llegar hasta él sin llamar la atención me costó casi treinta minutos de paciente espera.

Plantado ante la puerta, titubeé unos segundos. No podía darle la menor oportunidad porque mis fuerzas estaban reducidas a la mínima expresión. Aquélla era una acción de vida o muerte, y la muerte podía caer sobre mí al menor descuido.

Apreté el botón del timbre y un carillón armonioso sonó en alguna parte. El riesgo estaba en que hubiera familia allí, además de Tisdale.

Pero fue el en persona quien abrió la puerta. No le di tiempo a cerrármela en las narices y entré empujándole. Cuando se volvió se dio de manos a boca con el cañón del «Colt» automático que perteneciera a Johnny Maxie.

—Muy bien, bastardo, cierra la puerta —le espeté.

Obedeció, atónito y asustado.

Alguien, desde el interior, preguntó:

—¿Quién es, Sam?

Y yo conocía aquella voz. ¡Condenación si la conocía!

—Responde y te mato —le susurré.

Empujándole, le obligué a guiarme hacia donde esperaba el dueño de aquella voz.

Y allí estaba. El tercero de los «mosqueteros», el compañero de un terceto que estaba destinado a quedar reducido a su mínima expresión.

Paul Fisher.

—¡Sucio traidor! —le espeté—. ¡Quieta esa mano!

Si yo hubiera tenido alguna duda, él la desvaneció al intentar sacar un arma que llevaba en la axila. Poco a poco levantó los dos

brazos, pálido como un cadáver...

Le sacudí un trastazo a Tisdale, y trastabilló para ir a reunirse con su compinche.

Todavía ahora no he comprendido por qué no apreté el gatillo en aquel momento y lo barrí del mapa sin más dilaciones.

Había una mesa cubierta de papeles y documentos, que debían estar examinando cuando llamé. Sobre todo ello aparecían las interminables cintas de las calculadoras, rebosantes de cifras.

—¿Estudios del gran negocio? —indagué con sarcasmo.

—Está bien, Mike, tómallo con calma. La cosa exige una explicación —insinuó Paul con voz que temblaba.

—La explicación que tú puedas darme no te salvará de ningún modo. Vuélvete de espaldas, bastardo.

—¿Piensas matarme por la espalda?

No respondí. Un minuto después tenía en mi poder un revólver de cañón corto. Tisdale no llevaba armas.

—Nunca pude imaginar que fueras capaz de traicionar a Dan, sucio granuja. Te pusiste de acuerdo con Tisdale para escamotearle el negocio escudándote en los supuestos *gangsters* y ahora resulta que eres cómplice de su muerte.

—Si eso ha de tranquilizarte, te diré que no lo maté yo.

—¿Tisdale, entonces?

—Sí, claro.

El aludido dio un salto.

—¡Pero tú estuviste de acuerdo! —gritó—. ¡Te lo consulté y juntos lo planeamos!

—¡Claro que estuve conforme! Al emplearte a ti en aquella empresa —gruñó—, habrías descubierto las irregularidades de Sam... y habíamos llegado ya demasiado lejos.

—Ya veo... y mencionaste a Johnny Maxie para que yo me lanzara sobre él con la intención de vengar a Dan, sólo que contabas que Maxie acabaría conmigo y desaparecería el último escollo para tus propósitos.

—Era sólo una idea.

—Y casi te saliste con la tuya, sólo que soy más duro de lo que imaginaste. Yo maté a Maxie.

Quedaron petrificados. Yo dije:

—Tisdale, saque papel y pluma. Quiero una confesión de su

crimen al detalle... y la escribiré ahora y aquí. Por cada negativa le meteré una bala en las piernas, y ésta es una pistola del «45». Adelante.

Estaba aterrado. Desde luego, no era un luchador. Podía llegar hasta el asesinato, pero siempre que la cosa no ofreciera riesgos.

Sacó el papel de un cajón de la mesa y tomó asiento. Cuando empezó a escribir su mano temblaba.

—Quiero todos los pormenores, Tisdale —le insté—, incluyendo la intervención de Paul.

Escribía con una lujosa pluma de oro. De pronto se interrumpió y la sacudió varias veces.

—Se terminó la tinta —balbuceó.

Apenas advertí el movimiento cuando me arrojó la pluma a la cara, en un intento desesperado. Salté de costado, esquivándola instintivamente. Cuando mis pies volvieron a tocar el suelo, él manoteaba dentro de un cajón de la mesa.

—¡Quieto! —grité.

Logró empuñar una pistola. Entonces disparé y la pesada bala del «45» casi le arrancó la cabeza de cuajo, tirándole de espaldas a él y al sillón.

Paul obró con una celeridad digna de mejor cansa, zambulléndose como un acróbata hacia donde había caído el arma de su socio. No sé si consiguió tocarla o no. Mis proyectiles le clavaron contra el suelo; zarandeándole igual que un muñeco de paja.

Los estampidos habían retumbado como bombas allí dentro. Apagué las luces y abrí la puerta lo justo para atisbar por la rendija.

Una mujer en pijama corría por el pasillo dando gritos. Otras puertas estaban abriéndose y todo el mundo gritaba preguntando qué era lo que había sucedido.

Eso me demostró que no sabían exactamente dónde había tenido lugar el tiroteo.

Cerré otra vez, y corrí hacia las ventanas. Minutos después, saltaba los peldaños de hierro de la escalera de escape.

Vagué por las calles, aturdido, con el suelo oscilando bajo mis pies. Traté varias veces de orientarme para encontrar el apartamento de Marjory Anne y me extravié otras tantas.

No me atrevía a llamar un taxi, por temor a que el chofer se

alarmase ante mi aspecto y diera la voz de alarma. Recorrí Los Ángeles en todas direcciones, arrimado a las paredes, huyendo de la gente y de la luz, horas y horas de infernal vagar lleno de dolor, como una bestia acorralada.

Y necesitaba encontrar el apartamento... era mi única esperanza. Encontrar a Marjory a cualquier precio. Y seguí, adelante más y más, a trompicones, ahogándome de angustia y dolor.

Hasta que me encontré ante la puerta cuando ya el mundo se desvanecía, en medio de una espesa niebla gris.

Marjory Anne tardó poco en abrir la puerta. Y cuando lo hizo, le proporcioné el mayor susto de su vida porque me derrumbé a sus pies igual que un fardo, y todo acabó, incluso el dolor.

Volví a vivir sobre una cama, con el pecho cuidadosamente vendado y un sutil perfume flotando en el aire.

Pero eso fue muchas horas después, cuando el sol entraba por la ventana oblicuamente, a punto de ocultarse después de un recorrido completo.

Oí a la muchacha moverse en alguna parte del apartamento y no la llamé, prolongando la deseada presencia de ella, gozando por anticipado de los instantes que yo sabía que iban a llegar.

Apareció de repente, y fue como la repetición de un sueño turbador.

—Querido... —musitó.

—Es el despertar más maravilloso que un hombre puede desear.

—No debes hablar, Mike; el doctor dijo...

—Olvidalo.

—Estás débil, querido.

—No tanto que no pueda besarte si te acercas.

Se acercó, naturalmente. La besé y ella respondió a la caricia.

Algo dolió en mis costados cuando intenté apresarla entre mis brazos, dándole tiempo a escapar.

—No lo intentes siquiera —me reprochó—. El doctor dijo que no debías moverte ni una pulgada. Estás débil, perdiste mucha sangre.

—Ya lo sé. ¿Qué más dijo ese matasanos?

—Que la herida era de bala y que tuviste suerte de que saliera sin desgarrar los músculos del pecho.

—¿Qué más?

—No comprendo...

—Las heridas de bala deben ser denunciadas a la policía, nena.

Sonrió y sentí un agradable cosquilleo en todos mis miembros.

—Bien, eso dijo él, pero es el médico de nuestra familia, tú sabes. Le convencí, ¿comprendes? Él me trajo al mundo.

—Tuve suerte, realmente, pero fue al venir aquí. ¿Has visto los periódicos?

Asintió, mirándome. Y ya no sonreía.

—Anoche hubo tiroteos por todas partes —musitó—. *Gangsters* muertos en un sótano... una pobre muchacha asesinada y torturada...

—Y Paul y Tisdale en un apartamento —terminé por mi cuenta.

—Sí.

Guardó silencio un buen rato.

—Está bien, dilo de una vez —exclamé.

—¿Qué he de decirte?

—Yo maté a esos perros.

—¿Paul...?

—Era el socio de Tisdale en la maniobra. Pero si eso ha de tranquilizarte, pequeña, te diré que ellos intentaron matarme a mí. Los dos tenían armas a su alcance, sólo que la suerte me ayudó.

Tras otro prolongado silencio, susurró:

—No quiero saber nada más de este espantoso asunto, Mike... Sólo deseo olvidarlo.

—Quizá yo pueda ayudarte en ese empeño.

Vino hacia mí. Estaba muy pálida, pero se arrojó en mis brazos, y esta vez no se preocupó de las órdenes del médico. Estuvo en mi poder tanto tiempo que creí que nuestros labios formaban una sola unidad.

Luego, intentó recobrar la cordura y susurró:

—Suéltame... no debes moverte todavía porque estás muy débil.

—¿Tú crees?

Imagino que empezó a dudarle en aquel instante.

Luego, se convenció de que ya no lo estaba.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

